
LA CIUDAD CONGELADA
POR George H. White
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

PERSONAJES

Miguel Ángel Aznar -Joven aviador español.
Bàrbara Watt de Aznar.-Joven y bella esposa del anterior.
Harry Terney.-Millonario norteamericano, dueño de la "Terney Air Company".
Profesor Erich von Eicken.- Sabio alemán, inventor de un combustible para motores a reacción.
Else von Eicken.-Hija del anterior.
Profesor Luis Frederich Stefansson.-Viejo sabio distraído, compañero de Miguel Ángel.
Edgar Ley.-Delineante de la fábrica de aviones de Harry Terney.
Hill Ley.-Hijo del anterior.
Tomas Dyer.-Mecánico de la fábrica de aviones.
George Palton.-Ex piloto de la "Air Force", compañero de Miguel Ángel en sus anteriores aventuras.
Richard Blamer.-Hercúleo radiotelegrafista, también compañero de aventuras de Miguel Ángel.
Dore, "Tadd· de Abasoa.-Venerable anciano, caudillo del antiquísimo pueblo "saissai".

CAPÍTULO PRIMERO

33,336 KILOMETROS POR HORA.

Desde la acristalada torre de control del aeródromo de la “Terney Air Company”, los ojos azules de Else von Eicken otearon ansiosos el confín del horizonte. Junto a ella, con el alma en el espacio y el oído en el tornavoz del aparato de radio, el profesor von Eicken mordíase sus finos labios sin caer en la cuenta del dolor que se producía. Con ellos, sentado ante el aparato, había otro hombre de mediana edad, ancho de espaldas y con hebras de plata en sus cabellos negros. Este hombre se llamaba Edgar Ley y había delineado al “Lanza P-24”, nuevo modelo de avión que en estos precisos instantes estaba siendo sometido a prueba y que estaba llamado a revolucionar la aviación si respondía a las esperanzas puestas en él por el profesor von Eicken.

Erich von Eicken, alemán nacionalizado norteamericano, era un experto en cuestión de proyectiles cohete, había trabajado muy cerca de poner en manos de Hitler las tremendas armas secretas que le hubieran dado la victoria. Erich, que había salvado la vida por su clase científica, trabajaba para la firma “Terney Air Company”, constructora de aviones, contribuyendo en gran medida a que los aparatos de esta casa formaran a la cabeza de los más rápidos y mejor construidos del mundo entero.

Ahora, partiendo de una vieja fórmula que había salvado de la catástrofe alemana con grandes riesgos y trabajos, el profesor Eicken acababa de descubrir un nuevo combustible para motores cohete. El nuevo combustible hizo indispensable la creación de un nuevo motor, y éste, de un nuevo modelo de aparato que Edgar Ley había delineado con todo amor, ilusión y cuidado.

Harry Terney, entusiasmado con el invento del sabio alemán, había afrontado sin vacilar aquella empresa de arriesgar 5 millones de dólares en la creación del prototipo que había de dejar anticuados los mejores aviones supersónicos construidos un día antes. En estos momentos “Lanza P-24” estaba en el aire.

Edgar Ley, pendiente del tornavoz, preguntábase si sus cálculos serían correctos y si el avión resistiría las altas velocidades pronosticadas por el profesor Eicken. El sabio alemán dudaba a su vez en silencio. Estaba seguro de su combustible. ¿Pero respondería el motor a sus más caras esperanzas? Y si el motor y combustible se complementaban, ¿ocurriría lo mismo con el avión?

Por último, Else von Eicken se debatía entre las dudas de Edgar Ley y los temores de su padre, el profesor. Desde este cómodo puesto de observación nada podía ocurrir al profesor si el motor reventaba. Nada arriesgaba tampoco Edgar Ley si el “Lanza” se desintegraba en el aire al rebasar la “barrera del sonido”. Pero si los motores fallaban o el “Lanza” se autodestruía en el aire, el piloto quedaría convertido en polvo cósmico. Harry Terney, propietario de la fábrica de aviones que llevaba su nombre, pilotaba en estos momentos el avión arriesgando en la prueba su vida después de arriesgar parte de su capital.

El “Lanza P-24”, con Harry Terney ante los mandos, iba a rebasar la “barrera del sonido” en vuelo horizontal ahora mismo. La expectación no podía ser más grande en la torre de control del aeródromo particular de la “Terney Air Company”. La tensión nerviosa alcanzó su máximo cuando la voz de Harry Terney sonó por el tornavoz:

- ¡Aquí “Lanza”! ¡Aquí “Lanza”! ¡Pongo proa al aeródromo! ¡Atención, allá voy!

Else y su padre se precipitaron hacia la plataforma de la torre de control. Edgar Ley saltó de su silla como impulsado por un muelle y se lanzó tras ellos llevándose el micrófono. Else, asida con fuerza al pasamanos de madera, clavó sus pupilas color violeta en el espacio. El sol de aquella tranquila mañana cayó de lleno sobre su faz, mortalmente pálida.

Un muchacho alto y esbelto vestido con traje de vuelo, subió a grandes trancos la escalera exterior y alcanzó la plataforma con la respiración entrecortada y la mirada brillante de excitación. En su rostro curtido por el sol podía verse una extraordinaria semejanza con el delineante de la casa Terney. Bill Ley era hijo de Edgar Ley.

- ¿Dónde está Harry? -preguntó el muchacho mirando hacia el este haciendo pantalla con su mano sobre sus ojos.

- Ahora viene hacia aquí. Va a pasar sobre la torre.

Todos quedaron suspensos, registrando con la mirada el confín vagoso del horizonte. Por espacio de quince segundos no ocurrió nada. De pronto Else señalo hacia un punto brillante y lejano.

- ¡Mirad… allí está!

Era el "Lanza". Era el "Lanza" volando a quinientos metros de altura a la velocidad de 1.200 Kilómetros por hora y creciendo de tamaño con una rapidez y silencio impresionantes. Se escucho la voz de Harry Terney:

- ¡Aquí "Lanza"! ¡Aquí "Lanza"! ¡Lo rebasé… lo rebasé…

- ¡Cuidado, Harry! -gritó Edgar Ley por el micrófono-. ¡No pases de los mil doscientos kilómetros a esa altura… sería peligroso!

El "Lanza" llegó en unos segundos sobre la torre. Era tanta su velocidad que la vista sólo podía percibirlo como un rayo plateado lanzado a una velocidad fantástica. Pasó como una exhalación desapareciendo tras las edificaciones de las fábricas, y apenas lo hubo hecho llegó hasta los espectadores la onda sonora del "Lanza".

Sonó como una explosión horrible en los oídos de los atónitos observadores, una explosión que se convirtió en un aullido espeluznante, parecido al de una sirena atronadora. La torre entera se estremeció, los cristales cayeron hechos pedazos, y la alta chimenea de ladrillo de la fábrica se desmoronó como un castillo de naipes.

Else, asida con todas sus fuerzas al pasamanos, sintió clavársele en el cerebro aquel alarido aterrador. Acto seguido, una fuerza brutal la arrancó de la barandilla y la tiró al suelo de espaldas. La sirena ululante se extinguió en la lejanía y todo quedó en silencio. El profesor Erich von Eicken, que al igual que los demás había sido tirado al suelo por la tremenda fuerza de la onda de aire desplazada por el "Lanza", se puso lentamente en pie mirando hacia el punto del cielo donde había desaparecido el avión. En sus ojos brillaba una luz de asombro y orgullo a la vez. Abajo, en el aeródromo, los hombres miraban al cielo con el terror retratado en sus pálidos semblantes.

- ¡Aquí "Lanza"! ¡Aquí "Lanza"! -chilló el tornavoz-. ¡Voy a tomar tierra! ¡Tomaré más combustible y realizaré la prueba final!

Bill Ley se arrancó de su estupor lanzando un grito de triunfo y tirando al aire su casco de aviador.

- ¡Maravilloso… estupendo…! ¡Lo hemos hecho al fin! ¡Lo hemos conseguido!

* * *

Harry Terney dejó correr al "Lanza" sobre la pista de cemento y lo llevó hasta el pie de la torre de control. Bill Ley corrió hacia el aparato agitando las manos como un loco. Harry echó los frenos y descorrió los cristales de la cabina sobre su cabeza. Sonreía dichoso.

- ¡Harry! ¡Harry! -gritó Bill encaramándose hasta la carlinga y agarrándole una mano-. ¿Cómo estás? ¿Qué ha pasado?

- No ha pasado nada, Bill -sonrió Harry-. Acabamos de horadar otra vez la barrera del sonido, pero eso ya lo hicimos antes.

- ¡Sí, pero no con un aparato como éste! -rió Bill acariciando con la vista al estilizado "Lanza".

El profesor Eicken, Eise y Edgar Ley llegaron entonces junto al aparato. Harry saltó a tierra y lanzó sobre el profesor una mirada que era todo un compendio de satisfacción y orgullo. El profesor sólo dijo una palabra:

- ¿Bien?

- Bien -respondió Harry-. El "Lanza" está en condiciones de realizar ahora mismo la última prueba.

- Si está cansado podemos dejarlo para mañana.

- ¡Ni que lo piense! Además, usted mismo no podría resistir de hoy a mañana esperando… ni yo tampoco.

- Como usted quiera -murmuró el sabio sin poder ocultar la satisfacción que el empeño de Harry le producía-. ¿Subirá solo?

- Esta vez me acompañara Bill.

- ¿De veras, Harry? -preguntó el muchacho-. ¿Me dejas ir contigo?

- ¡Ya lo creo! -rió Harry-. Pero ve ahora con tu padre y con Else a traer el combustible.

El muchacho hizo una cabriola y saltó al pescante de un "jeep" llamando a su padre y a la hija del profesor. Apenas éstos estaban arriba, el "jeep" arrancó como una centella camino del almacén.

- ¿Recuerda todas las instrucciones que le di, mister Terney? -

preguntó el profesor volviéndose hacia el joven.

- No creo que se me hayan olvidado.

- Tenga presente que no debe abrir todo el regulador hasta rebasar los sesenta mil pies. El "Lanza" podía estallar si le sometiera a una excesiva frotación con la atmósfera. A los sesenta mil pies el aire todavía será demasiado denso, pero para cuando el fuselaje empiece a aumentar de temperatura ustedes estarán ya en su órbita a trescientas cuarenta y seis millas sobre el nivel del mar. Entonces pasará los motores. El "Lanza" continuará volando por su propio impulso. Calculo que para entonces llevará una velocidad de cinco millas por segundo.

- ¡Cinco millas por segundo! -repitió Harry entre dientes. Y luego, en voz alta, añadió-: Profesor, cuando le oigo hablar de esas velocidades tan fantásticas me pregunto si no pecaremos de ambiciosos. ¿Sabe usted lo que significan cinco millas por segundo?

- Ya lo creo. Representan treinta y tres mil trescientos treinta y seis kilómetros por hora.

- Lo que quiere decir que, si voláramos siguiendo el círculo del Trópico a la altura de los tejados, podríamos dar la vuelta al mundo en menos de una hora.

- Pero como volarán a trescientas cuarenta y seis millas de altura invertirán casi una hora y media. A propósito de esto, ¿se acuerda de lo que hablamos acerca del rumbo que tomaría el "Lanza"?

- Sí. Nos ceñiremos al paralelo cuarenta, que pasa a poca distancia de Weeling, y daremos dos vueltas completas a la Tierra antes de regresar aquí.

- Eso es. Nosotros no podremos verles, pero nuestro radar fijará su tránsito. Llámenos por radio para que estemos prevenidos en cuanto vea asomar por el horizonte el lago Michigan.

Harry asintió con un cabezazo y permaneció unos minutos pensativo, al cabo de los cuales miró al profesor preguntando:

- Si una vez parados los motores no pudiéramos volverlos a poner en marcha, ¿qué ocurriría?

- Que quedarían convertidos en un satélite artificial de la Tierra.

- ¿No habría modo de volver a bajar?

- No.

- ¿Ni siquiera arrojándonos en paracaídas?

- No -sonrió el profesor-. Entonces continuarían navegando por el espacio junto al avión y serían tres satélites en vez de uno: el “Lanza”, usted y Bill Ley.

- Seria una experiencia terrible, ¿eh?

- Si. Espero que todo salga bien. De todos modos podría dejar que cualquiera de sus pilotos de pruebas le sustituya.

- ¡Nada de eso! -protestó Harry ofendido-. ¡Yo y Bill seremos los primeros en llegar a esa altura y en dar la vuelta al mundo dos veces en tres horas.

En este punto de la conversación se escuchó el claxon de un automóvil y el “jeep” que había ido en busca del combustible apareció doblando la esquina de la torre de control a toda velocidad.

Diríase que Bill Ley temía que se le fuera a escapar aquella oportunidad de volar en el “Lanza”. Detrás del “jeep”, a una velocidad mucho más moderada, apareció el camión tanque con el combustible inventado por el profesor von Eicken. Este camión se guardaba en el mismo hangar que el “Lanza”. De día las puertas estaban siempre cerradas. De noche se relevaban en su custodia los dos Ley y Thomas Dyer, todos convenientemente armados de fusiles ametralladores y dispuestos a dejarse matar antes de que ningún intruso llegara hasta el avión y el combustible.

Thomas Dyer era un hombretón con cierto aspecto de patán, bajo y ancho como un gorila. Pese a su apariencia poco agradable era de la absoluta confianza de Harry Terney, como antes lo fuera del padre de éste, y el profesor Eicken no hubiera podido hacer corpóreo su motor a no ser por la pericia y experiencia de este hombre.

Dyer era ahora quien conducía el camión. Lo de tuvo junto al “Lanza”, enchufó las gomas y puso en marcha la bomba. Mientras se llenaban los tanques del avión, Dyer lo acarició como a un hijo.

Era el “Lanza” un avión como concebido por una mente futurista y, en cierto modo, desequilibrada. Cuando los pilotos de pruebas de la casa “Terney Air Company” lo vieron por primera vez -a respetuosa distancia porque estaba prohibido acercarse a él-, aseguraron que “aquello” no podría elevarse jamás en el aire. Tenía la apariencia de un pez espada con su afilada proa, la elevada aleta del timón de dirección y el corto y robusto plano de sustentación. Uno a cada lado iban los motores. Estos ofrecían la curiosa particularidad de arrojar sendos chorros de gases tanto hacia atrás, como era lo lógico, como hacia delante, que ya dejaba de serlo.

Sin embargo, era muy natural que fuera así. Dado su insuficiente plano de sustentación, el “Lanza” hubiera tenido para el aterrizaje una velocidad superior a la de cualquier avión para el picado. Era indispensable un sistema de freno, y este freno lo ejercían los motores. Cuando el “Lanza” se disponía a tomar tierra, el piloto revertía los motores, que al lanzar el chorro de gases hacia delante quitaban impulso al avión echándolo hacia atrás.

Hasta ahora, el secreto del sistema de propulsión del “Lanza” se mantuvo en el más denso e impenetrable de los secretos, y como su sistema de propulsión era en realidad el de sus sustentación, los pilotos y personal técnico de la casa formaban grupos curiosos por todas partes mirando intrigados hacia aquel monstruo en forma de pez, que acababa de derribar la chimenea de la fábrica causando heridas a una docena de obreros.

Mientras se llenaba los tanques del “Lanza”, Harry Terney, como buen patrono que era, se interesó por el estado de los heridos, recogiendo de paso algunas muestras del estado de estupor de sus ingenieros aeronáuticos y pilotos de prueba. Cuando volvió junto al “Lanza” el camión cuba se apartaba a prudente distancia y Bill Ley limpiaba los cristales de sus gafas de vuelo.

- Ya está todo listo, jefe -anunció el muchacho muy nervioso.

- Pues arriba -rió Harry empujándole hacia la carlinga. Y volviéndose hacia el profesor, la hija de éste y Edgar Ley, les despidió con una sonrisa optimista-: Bueno, apártense porque vamos a salir rectos hacia el cielo como un cohete. Estaremos sobre Weeling dentro de hora y media sobre poco más o menos. Hasta luego.

- Suerte, muchachos -murmuró el delineante.

El profesor no dijo nada. Estrechó entre sus dos manos la morena y fuerte de Harry Terney e hizo un ademán vago. Else von Eicken se humedeció los rojos labios con la puntita de la lengua y tendió su mano a Harry.

- Buena suerte -murmuró con un hilo de voz.

Harry trepó ágilmente por la escalerilla y se dejó caer dentro de la angosta cabina. Agitó por última vez la mano y corrió sobre su cabeza los cristales. Estos cerraban tan herméticamente que dejó de percibirse el grito de Thomas Dyer despidiéndoles desde el estribo del camión tanque.

- Bueno -suspiró Harry-. Allá vamos, Bill. Asegura bien el cinturón y ponte la mascarilla y los guantes.

El muchacho obedeció prestamente. Harry se aseguró a su vez de que estaba bien sujeto, se puso el caso y la mascarilla de oxigeno, los guantes y las gafas, y apretó el botón de puesta en marcha.

Los dos motores de “Lanza” arrancaron en su forma característica; un silbido prolongado y espeluznante que se convirtió en un ulular de sirena, todavía más aterrador. Tras el aparato se levantó un huracán que arrastró a gran distancia papeles, piedrecillas y polvo. Harry Terney soltó los frenos. El avión se lanzó sobre la pista de cemento elevándose inmediatamente en un ángulo de 50 grados.

Los que estaban en tierra le vieron subir como una flecha hacia el cielo azul, donde pronto fue un diminuto punto brillante que al cabo de unos segundos desapareció de vista.

A bordo del “Lanza”, Bill Ley miró hacia abajo y sintió la sangre helársele en las venas. Tierra, montañas, nubes, todo parecía hundirse en el abismo al tiempo que el horizonte se combaba como una caña de pescar.

- ¡Harry… Harry…! - exclamó aterrorizado- ¿Qué ocurre…, adónde vamos?

Harry Terney, inclinado hacia delante, parecía agarrotado a los mandos e insensible a cuanto ocurría a su alrededor. La aguja del altímetro corría sobre los números cada vez más deprisa. En unos segundos pasaron de las 20 millas de altura a las 40. Luego, con

velocidad creciente, rebasó las 100 millas. La saeta salvó en un instante la distancia que le separaba del número doscientos y continuó avanzando hasta el 300.

En aquel delirio de velocidad las cosas transcurrían tan deprisa que uno apenas si tenía tiempo de pensar. Harry accionó los mandos y puso al “Lanza” casi en vuelo horizontal. Quince segundos más tarde, el “Lanza” estaba a 346 millas de altura sobre el nivel del mar. Su velocidad entonces era de 47 millas por segundo.

- ¡Ya está! - gritó Harry triunfalmente parando los motores.

- ¡Harry! - chilló Bill-. ¿Qué haces?

- ¡Míralo, Bill! -exclamó Harry pálido de emoción señalando hacia abajo.

El muchacho miró, y entonces vio que, pese a estar parados los motores, el “Lanza” volaba hacia el este sobre una inmensa planicie azul: el océano Atlántico. A sus espaldas quedaban los Estados Unidos.

Harry Terney señalo a Bill el reloj del salpicadero. Eran en este momento las 12 horas, 2 minutos y 6 segundos, Hora de Nueva Cork. Harry preparó los instrumentos para deducir su velocidad por el método visual. Bill, que ignoraba lo que iba a suceder, no salía de su asombro.

- Harry, ¿has parado los motores? -preguntó mirando hacia atrás.

- Naturalmente.

- ¿Y no nos caemos?

- No, Bill. Ni nos caemos ni necesitamos combustible alguno para permanecer a esta altura. Estamos en situación parecida a la de nuestro satélite, la luna, que permanece en el espacio sin peligro de que caiga sobre nuestras cabezas. La razón de esto es, que la velocidad con que se mueve la luna en su órbita crea la suficiente fuerza centrifuga para compensar a la distancia de 239.000 millas de distancia, la fuerza de atracción de la Tierra.

- ¿Y volamos a la misma velocidad que la Luna, Harry?

- A mucha más, Bill. Para la luna basta una velocidad de unos dos

tercios de milla por segundos para mantener el equilibrio. Si estuviera más lejos se movería aún con más lentitud dentro de su órbita. Pero si estuviera más cerca tendría que aumentar su velocidad para poder seguir siendo un satélite.

- Me parece que no acabo de entender eso -murmuró Bill.

- Es muy sencillo, Por ejemplo, a una distancia de 22.300 millas la Luna tendría que moverse a una velocidad de 2 millas por segundo y daría la vuelta al mundo cada 24 horas. A una distancia ligeramente superiora las 1.000 millas tendría que recorrer 4’4 millas por segundo y dar la vuelta a la Tierra en 2 horas. Si estuviera tan baja que pasara rozando la cima de las montañas -una imposibilidad por la resistencia del aire-, tendría que moverse a una velocidad de 5 millas por segundo y dar la vuelta a la Tierra en poco más de una hora y veinte minutos. Estos datos sobre nuestro satélite, que los astrónomos pueden calcular fácilmente, han servido al profesor von Eicken para calcular a qué altura debíamos de volar nosotros para sostenernos aquí, dando vueltas a la Tierra… sin caer sobre ella.

- ¡Caramba! -exclamó el muchacho-. Voy a tener que mirar al profesor con más respeto de hoy en adelante.

- Estoy pensando hacer lo mismo -rió Harry con la voz gangosa del tornavoz. Y dando un codazo a Bill señaló con la cabeza hacia delante-: ¡Mira, las islas Azores a nuestra derecha!

Cuando el “Lanza” pasó a la altura de las Azores era las 12’14. En lontananza apareció la costa de Portugal, y a partir de aquí, Harry pudo deducir su velocidad, que estableció en 4’7 millas por segundo, exactamente la calculada por el profesor von Eicken.

A las 12’24, el “Lanza” entraba en Portugal, lo dejaba atrás rápidamente, y un minutos y treinta y tres segundos después pasaba algo a la izquierda de Toledo, dejando Madrid a la izquierda. Desde Madrid podía verse ya el azul mediterráneo, en el que entraron pasando exactamente sobre Castellón, a las 12 horas, 21 minutos y 32 segundos.

A las 12’23 dejaban la isla de Cerdeña a sus espaldas. Un minuto después pasaban sobre Italia. A las 12’26, sobrevolaban Albania, entraban en Grecia y se lanzaban hacia Turquía, pasando exactamente sobre Ankara, a las 12’30.

Cruzando toda Turquía entraron en territorio soviético y volaron sobre los grandes yacimientos petrolíferos de Bakú exactamente a las 12’34. Entonces empezó a anochecer, pues aunque el reloj del salpicadero del “Lanza” marcaba las 12’38 al pasar sobre Buchara, en aquella localidad eran las 9 horas y 24 minutos. Allá en Tierra ya era completamente de noche. Sin embargo, desde el “Lanza” todavía podía verse el sonrosado horizonte por donde acababa de ocultarse el Sol.

A partir de este punto volaron envueltos en las más densas tinieblas sobre la inmensidad del Asia, pero alas 12’52, Harry señalaba al excitado Bill un punto invisible bajo sus plantas.

- ¡Pekín!

- ¡Pekín! -repitió Bill tratando de ver las luces de la ciudad-. ¡Demonio!

Eran las 12’55 cuando dejaban atrás Corea, y las 12’58 cuando pasaban sobre el Japón. A la una y cuatro minutos apareció en el horizonte la luz del alba. Bill Ley presenció un extraño amanecer. El sol asomó sobre la combada línea de la Tierra y empezó a subir hacia el cenit a una velocidad espantosa, de modo que al divisar las costas de los Estados Unidos lo tenían casi sobre sus cabezas.

Entraron en los Estados Unidos por el Estado de California a las 1’23, y sobrevolaron los estados de Nevada, Utah y Colorado. En el curvado horizonte asomó la mancha azul del lago Michigan. Harry empezó a llamar a Weeling, aunque sabía que hasta dentro de unos minutos no podrían escucharle.

Volando como un rayo sobre la línea divisoria de los estados de Nebraska y Kansas, y dejando uno a cada lado, entraron en territorio de Missouri, Illinois e Irlanda. A las 1’34 horas entraban en el estado de Ohio y a los auriculares de Harry Terney llegaba por primera vez la débil voz del profesor von Eicken.

- ¡Aquí Weeling, tres, cero, tres…! ¡Weeling…!

- ¡Aquí “Lanza”! ¡Aquí “Lanza”! “Lanza” llama a Weeling, tres, cero, tres… ¡Llama “Lanza”…!

- ¡Weeling contesta a Lanza! -se oyó la voz ansiosa del profesor-. ¡Profesor Eicken al habla! ¿Cómo va eso, mister Terney?

- ¡Perfectamente, profesor! ¡Todo va desarrollándose según usted predijo! ¡Vamos a dar otra vueltecita y a descender!

Unos minutos más tarde la voz del profesor se extinguía en la distancia y el “Lanza” volvía a lanzarse sobre el paralelo 40 recorriendo los mismos lugares que sobrevolara hora y media antes. A las tres y doce minutos volvía a estar sobre Weeling. Harry revertió entonces los motores, quienes al frenar la marcha del “Lanza” le hicieron descender en un rápido picado hacia Tierra. Poco después, el “Lanza” se posaba sobre el aeródromo de donde había salido tres horas y quince minutos antes. Había dado la vuelta al mundo dos veces en este tiempo.

CAPÍTULO II

HARRY TIERNEY TEME AL FUTURO

Harry Terney lanzó una última mirada hacia el esbelto “Lanza”, camino de su hangar siguiendo mansamente a un chato tractor, y echó a andar hacia la torre de control. El profesor von Eicken le acompañó con la mirada fija en el suelo y las manos a la espalda. Harry, en cambio, miraba ante si hacia un punto vago del espacio.

Entraron en el edificio sin pronunciar palabra. Sobre un velador estaba preparado el almuerzo, pero Harry denegó con un gesto la invitación de Else von Eicken y se encaminó hacia su despacho diciendo al profesor.

- Almuerce usted, mister Eicken. Cuando termine acuda a mi despacho, por favor.

- Tampoco yo tengo apetito -aseguró el alemán-. Puedo acompañarle ahora mismo, si lo desea.

Entraron en el regio despacho de Harry Terney. El joven se dejó caer pesadamente sobre su cómodo sillón giratorio y encendió un cigarrillo con mano nerviosa. Luego miró fijamente al sabio a través de las azules espirales de humo.

- Bueno -suspiró-, ya está hecho. ¿Y ahora qué?

Erich von Eicken fue a situarse frente al ancho ventanal dando la espalda a Harry. Desde allí habló con voz triste y grave.

- Quisiera no haber inventado nunca ese combustible, mister Terney -aseguró-. Pero ahora es tarde para volver atrás. Le hice invertir mucho dinero en esta aventura, y hasta el altruista más exagerado del mundo se resistiría a perder cinco millones de dólares.

- No es altruismo lo que me falta, profesor Eicken -sonrió Harry con cierta melancolía-. Y usted lo sabe.

- Sí, pero en este caso no se trata solamente de los cinco millones invertidos, sino también de los mil millones que soñábamos ganar con la explotación del invento.

- ¿Está usted dispuesto a renunciar a la parte que le corresponde de esa ganancia?

- Sí. Este y no otro sería el mejor medio de contribuir a la felicidad del mundo. Yo no creo que la desintegración del átomo ni nuestro "Lanza" sirvan para nada más que para sumir al mundo en nuevos horrores. Por cada átomo que se haga estallar con fines pacíficos se emplearán millones y millones en la destrucción y la guerra. Por cada "Lanza" que se utilizará acercando a los hombres y difundiendo la cultura de los pueblos, habría mil dedicados al transporte de bombas atómicas para destruir los pueblos y culturas. Además, ¿qué necesidad hay de dotar al hombre de nuevos medios para que llegue todavía más deprisa a los sitios?

- Teme a las consecuencias que se deriven de su invento, ¿verdad?

- Si.

- Yo también -aseguró Harry con voz opaca-. Hoy he visto el futuro de la Tierra tan claro como si lo leyera en un libro abierto. Mientras luchábamos contra las dificultades técnicas de nuestro proyecto jamás se me ocurrió mirar hacía el porvenir.

La lucha en si era interesante, y cada victoria que nos acercaba a la meta una gran satisfacción. Tampoco hoy, al dar la primera vuelta al mundo, pensaba en otra cosa que en la maravilla técnica que acabábamos de crear. A la segunda vuelta todo fue distinto. Vi al mundo como creo que en realidad es pequeño, mísero, mezquino, débil…, y he visto también el futuro de su humanidad. He visto a los hombres del futuro viviendo en ciudades subterráneas, trabajando afanosamente por crear nuevas armas. Las guerras entonces las

llevarán a cabo las máquinas, pero el hombre será esclavo de esas máquinas, sufriendo hambre y frío, dolor y angustias para mantener el colosal gasto de sus guerras mecánicas. Cada avión del tipo de nuestro "Lanza" costará dos millones de dólares, el combustible que consuma en un solo vuelo otro millón, y el piloto automático que lo tripule, las bombas atómicas que lleve, las nuevas armas de destrucción… ¡Todo será cada día más complicado y más caro!

- Si -murmuró el profesor volviéndose hacia Harry-. La única esperanza que nos cabe es que el elevado precio de las guerras modernas las haga prohibitivas.

- Las guerras no acabarán mientras queden dos hombres de distinta ideología sobre la tierra. Cada guerra futura sumirá a las naciones en el caos y la ruina, pero después de cada batalla la tenacidad suicida del hombre volverá a levantar las fábricas derribadas y a crear artefactos diabólicos que lleven la ruina y el caos a las naciones vecinas. Las guerras no acabarán. Por el contrario, serán cada vez más cruentas, más inhumanas y dolorosas.

- Bien -repuso el profesor-. Los dos estamos de acuerdo en que sería peligroso dar a los hombres este nuevo aparato que nosotros acabamos de crear. ¿Hemos de destruirlo?

- ¡No! -gritó Harry saltando en pie-. ¡Eso no!

El profesor Eicken le miró y sonrió con tristeza.

- ¿Ve usted? -dijo-. Tampoco nosotros podemos huir a nuestra condición de hombres.

- Acaba usted de pedirme que dé por perdidos los cinco millones y pico que invertí en construir el "Lanza". Me pide también que renuncié a los mil millones que sin duda ganaríamos construyendo centenares de "Lanzas". Tengo dinero de sobras y no es precisamente afán de lucho lo que me anima en este caso. Si, renuncio a amontonar oro, pero no me pida que renuncie también al goce espiritual que se deriva de poseer una maravilla técnica de la talla de mi "Lanza". ¿Es que mi avión sólo puede servir para la destrucción y la guerra? ¿No soñábamos usted y yo en sus ilimitadas posibilidades? ¿Y de aquel viaje a la Luna que pensábamos hacer? ¿Y del viaje a Marte?

- Mister Terney, el "Lanza" no podría llegar jamás a la Luna, y mucho menos a Marte. Tendríamos que construir un nuevo "Lanza"

muchas veces mayor, y eso implicaría una inversión de muchos millones de dólares más.

- Lo sé.

- ¿Y sabiéndolo me pregunta por nuestros viajes interplanetarios? ¡Mister Terney, usted debiera recordar que fue con la ilusión de hacer un viaje a la Luna por lo que empezamos a construir el "Lanza"!

- Si, lo recuerdo -sonrió Harry-. Nuestro interés fue puramente científico hasta que yo, con mi costumbre de especular, caí en la cuenta de las posibilidades económicas de nuestro proyecto. Entonces estaba dispuesto a financiar un viaje a la Luna, pero ahora ha dejado de interesarme la Luna.

- Lo lamento -murmuró el sabio alemán con evidente pesar.

- En cambio me interesa profundamente Venus -añadió Harry-. Yo no soy científico, profesor Eicken, y la perspectiva de pasear por los áridos cráteres de nuestro satélite, provisto de escafandra y temblando de frío, no me seduce ni pizca. Otra cosa es Venus. Venus, según el profesor Louis Frederick Stefansson, está habitado por hombres como nosotros y por otra raza y especie aquí desconocida y que es la que tripula esos misteriosos platillos volantes.

- ¿Cree usted en esas fantásticas historia del profesor Stefansson, mister Terney? -pregunto von Eicken.

- Yo no creo ni dejo de creer. Digo que seria interesante saber qué hay de verdad y qué de mentira en esa historia tan bien urdida por el profesor Stefansson y sus compañeros de aventuras.

- ¿Financiaría la construcción de un cohete y los gastos de un viaje a Venus solamente por salir de dudas?

- Desde luego, si -afirmó Harry con energía-. Y no sólo por salir de dudas, sino por ayudar a este ciego mundo que se niega a creer en todo lo que no puede ver y tocar. Imagine usted que es verdad lo que el profesor Stefansson dice y que existen en Venus unos hombres de inteligencia superior a la nuestra, preparándose para invadir y conquistar nuestro planeta. ¿Qué ocurriría entonces?

- Los hombres de Venus podrían vencer fácilmente a los ejércitos de las Naciones Unidas y dominar nuestro planeta Tierra.

- Lo que sería infinitamente peor que todas las calamidades que acabamos de augurar para la Tierra -añadió Harry aplastando los restos de su cigarrillo sobre el cenicero y yendo a situarse ante la ventana.

Desde allí estuvo largo rato mirando hacia la línea quebrada de los tejados de sus enormes talleres. Finalmente se volvió hacia el profesor von Eicken, que le estaba observando en silencio, y dijo:

- Profesor Eicken, he aquí una misión digna de ser realizada por un aparato tan bueno como el “Lanza”. Si fuera verdad la historia del profesor Stefansson, ¿qué cree usted que deberíamos hacer?

- Si tuviéramos pruebas irrefutables de la existencia de esos seres superdotados y de sus propósitos de colonizar la Tierra, debiéramos hacer público nuestro descubrimiento de un nuevo combustible para aviones cohete. Nuestro “Lanza” sería el único aparato capaz de enfrentarse con el invasor…

- O de llevar la guerra a Venus antes de que ésta cayera como un rayo sobre nuestro Mundo, ¿no es eso? -añadió Harry.

- Si, eso es.

- Entonces no podemos dudar más. Lo que hemos de hacer en seguida es llamar al profesor Stefansson y a los hombres que le acompañaron en su viaje a Venus. Si insiste en que es verdad cuanto aseguró meses atrás, construiremos un cohete interplanetario y nos iremos a Venus. Si es verdad que existen los hombres grises con todo su acompañamiento infernal de platillos volantes, naves del espacio y armas atómicas, nos apresuraremos en volver a la Tierra trayendo pruebas irrefutables de lo que vimos y pondremos a disposición de las Naciones Unidas nuestro invento.

- ¿Y de lo contrario?

- De lo contrario volveremos a la Tierra, destruiremos nuestros aparatos y olvidaremos que una vez construimos un avión llamado “Lanza” capaz de volar hacia las estrellas.

Aquello llenaba hasta rebosar las ilusiones del profesor Erich von Eicken. Asintió con un cabezazo y sonrió mirando hacia el cielo.

CAPÍTULO III

LA FANTASTICA HISTORIA DE MISTER STEFANSSON.

El profesor Stefansson bebió un trago de whisky, encendió el cigarrillo que mister Harry Terney acababa de ofrecerle y empezó así su narración:

- Yo era el jefe de la "Astral Information Office" organismo creado por la O.N.U. con el exclusivo fin de que vigilara a las estrellas, considerándolas bajo el punto de vista de enemigas potenciales del planeta Tierra. Como por la época de su creación era remota la probabilidad de que habitantes de otros planetas atacaran a la Tierra, nuestras actividades se reducían a la investigación de cuantos fenómenos imputables a causas extraterrestres se producían en el mundo…

- ¿Incluidos los platillos volantes? -pregunto Terney.

- Sólo empezamos a ocuparnos de los platillos volantes a partir del año cuarenta y siete. Hasta esa fecha todo el personal de nuestra oficina lo componíamos mi secretaria, Bárbara Watt, y yo. Al crecer la actividad de los misteriosos platillos recabé la cooperación de la "Air Force", quien puso a nuestra disposición un avión de transporte con cuatro hombres de tripulación. Nos dedicamos a seguir cuantos rastros de los platillos volantes caían en nuestras manos. Una de estas pistas nos llevó al Yucatán, donde no conseguimos otra cosa que enfermar de fiebres.

- Fue entonces cuando me trasladaron a la "Astral Información Office" -prosiguió diciendo Miguel Ángel-. El anterior piloto estaba en un hospital curándose de las fiebres contraídas en Méjico. Apenas llevaba unos minutos en aquella oficina cuando entró el profesor Stefansson agitando un periódico y asegurando tener una buena pista.

- No era una pista muy robusta -apuntó el propio profesor-. El periódico aquel decía que acababa de aparecer el millonario John Mitchel. Unos indígenas lo encontraron vagando por una selva de la India central. Tenía los Cabellos completamente blancos, estaba loco y repetía sin cesar: "los hombres de Venus". ("Los hombres de Venus" es también el título del primer número de esta Colección, al que remitimos al lector si éste desea una más amplia información sobre el relato de mister Stefansson.)

- Nos pusimos inmediatamente en camino hacia la India -dijo Miguel Ángel-. En Calcuta me encontré con mi viejo amigo Arthur Winfield. Arthur había sido novio de miss Carol Mitchel, desaparecida con su padre cuando volaban sobre la India. Por una serie de extrañas aventuras, cuyo relato detallado sólo haría que embrolláramos esta historia. Llegamos a sospechar que miss Carol Mitchel se encontraba retenida por alguien en el Tibet.

- Y nos fuimos volando hasta Lhasa, capital del Tibet -dijo el profesor-. Allí supimos que en las montañas Dargias había unos tibetanos que se jactaban de haber dado muerte a dos extraños hombres que se arrojaron en paracaídas desde un platillo volante. Inmediatamente nos trasladamos a la referida aldea, donde encontramos a todos sus pobladores muertos.

- Excepto tres -apunto Miguel Ángel.

- Excepto tres -repitió el profesor-. Estos nos confirmaron la historia de los hombres extraños muertos por los aldeanos, nos dijeron que toda la aldea fue pasada a cuchillo durante su ausencia y se ofrecieron a llevarnos hasta el precipicio donde habían arrojado los cadáveres de los hombres.

- ¿Y los encontraron? -preguntó Harry Terney pendiente de los labios del profesor.

- Ciertamente, los encontramos. Personalmente bajé hasta el fondo del precipicio y procedí a verificar la autopsia en aquellos dos cuerpos. De mi examen resultó algo sensacional. Los tripulantes del platillo volante eran de construcción totalmente diferente a la nuestra. Exteriormente eran altos, fuertes y bien proporcionados. Su cráneo era muy desarrollado. Tenían separados, grandes, redondos y con pupila hendida los ojos, una trompetilla en lugar de la nariz, y una boca repulsiva, armada de pequeños y afilados colmillos. Interiormente todavía eran más extraordinarios. No les encontré corazón ni pulmones. Su esqueleto era simplificado, su sangre incolora, y seguramente fría.

Harry Terney dejó escapar un largo silbido de asombro.

- Buen triunfo, incluso para el más ambicioso de los investigadores, profesor -dijo Erich von Eicken.

- Sí, pero triunfo sin gloria ni utilidad para mí -suspiró el viejo-.

Como es natural pensé en llevarme aquellos restos para apoyar con pruebas la extraordinaria declaración que tendría que hacer. Pero entonces ocurrió lo imprevisto. Los platillos volantes, arrojando como quien dice el antifaz, se presentaron de repente, nos rodearon y nos hicieron prisioneros.

- Nos metieron en uno de aquellos endiablados platillos - continuó Miguel Ángel-, y en un abrir y cerrar los ojos nos vimos transportados a un escondido valle y encerrados en las mazmorras de un viejo monasterio.

- De allí -suspiró el profesor-, sólo salimos para ser metidos en estado de inconsciencia en una astronave. Cuando recobramos el sentido estábamos camino de Venus. (Véase “Los hombres de Venus” publicada en esta Colección)

- Pensé volverme Loco de horror al ver nuestro mundo empequeñecido en la distancia -aseguró Miguel Ángel-. Pero la cosa ya no tenía remedio. Cuatro días más tarde la astronave llegaba a la atmósfera de Venus y “anclaba”, como quien dice, en el espacio.

- Mister Aznar quiere decir que la astronave quedó sujeta a la fuerza de atracción de Venus, dando vueltas alrededor del planeta sin acabar de bajar.

- Eso es -afirmó Ángel-. Para llevarnos a tierra -a Venus sería más correcto- utilizaron un platillo volante. En toda la travesía del espacio no pudimos intentar una fuga, pero entonces sí pudimos. Nos arrojamos sobre los dos guardianes grises, les matamos y subimos a la cabina de los pilotos del platillo, a los que también conseguimos dominar. Yo tomé los mandos del artefacto, y tira de aquí, tira de allá, conseguí conducirlo un buen rato, hasta que sin darnos cuenta paramos los motores y caímos sobre una inmensa selva.

- La extraordinaria corpulencia de los árboles nos salvó -dijo el profesor-. Quedamos colgados de las ramas, y como suponíamos que no tardarían en salir en nuestra búsqueda, descendimos al suelo y nos pusimos en marcha a través de los árboles. Entonces empezó a oscurecer. De pronto, una turba de extrañas criaturas nos cayó encima desde los árboles…

- Y otra vez nos vimos amarrados como fardos y prisioneros -añadió Ángel.

- Sólo que esta vez no eran hombres grises nuestros aprehensores. Eran hombres como nosotros, aunque el color de su piel era azul. Nos llevaron muy lejos, hasta una gruta que les servía de refugio, y allí estuvimos durante más de un mes venusino esperando el regreso del jefe de aquellos hombres y aprendiendo su idioma.

- Por cierto -apuntó Ángel-, que había recogido nuestro platillo y lo tenían guardado en una de aquellas cuevas.

- Cuando llegó el príncipe Lore de Lodoor (el caudillo de aquel grupo de hombres azules), nos explicó algunas cosas curiosas. Según se desprendía de sus palabras, los hombres de piel azul vivían en Venus muchos siglos antes de que llegaran los hombres grises con su acompañamiento de platillo volantes, astronaves y armas diabólicas. Los venusinos atravesaban un período de su evolución que en la historia de la Tierra corresponde sobre poco más o menos a nuestra Edad Media. Naturalmente, los extraños visitantes del espacio les dominaron sin dificultad, y desde entonces, el pueblo azul, llamado entre ellos pueblo “saissai”, vivía bajo la opresión de los hombres azules, que ellos llaman “thorbod” (Véase “El planeta misterioso” publicada con el número dos de esta Colección.)

- ¡Demonio! -exclamó Harry Terney-. ¡Pues no les ocurrieron cosas a ustedes, que digamos!

- Muchas -suspiró el profesor-. Aquel príncipe Lore soñaba en liberar a su pueblo, y nosotros le ofrecimos nuestra ayuda.

- Lo primero que hicimos fue atacar una base de los hombres grises -intervino Miguel Ángel con las oscuras pupilas relampagueantes-. La atacamos por sorpresa, con el platillo volante de que disponíamos, y nos llevamos como botín quince platillos más y muchas armas.

- Con aquella fuerza nos sentimos capaces de desafiar la potencia de los thorbod -continuó el profesor-. El príncipe Lore reunió a todos los “tadds”, títulos que en Venus equivale a caudillo o rey, y proclamó la guerra santa contra los opresores hombres grises.

- Primero nos vapulearon -sonrió Miguel Ángel-. Entonces decidimos atacar a una de sus bases subterráneas, situada en la isla de Pore. ¡Fue una gran batalla! Los thorbod volvieron a ser pillados por sorpresa, nos arrastramos estilo comando hasta el mismo corazón de su base y les hicimos pedazos.

- Mister Aznar era desde mucho antes almirante de las Fuerzas Aéreas de los “saissais” -apoyó mister Stefansson-. Con la toma de Pore pasamos a poseer un bastión inexpugnable. Apresamos armas, platillos volantes, bombarderos cohete y hasta una astronave. Todo prometía acabar muy bien.

- Pero entonces surgieron las envidias -sonrió Ángel-. Los “tadds” azules pensaron que mi popularidad crecía demasiado aprisa. Me retiraron su confianza quitándome el mando de sus ejércitos, y se apresuraron a meternos en aquella astronave devolviéndonos a la Tierra. El profesor quería dominar a la nave para mostrarla aquí a los asombrados ojos de los terrestres, pero no pudimos conseguirlo. EL aparato amaró en el Pacífico, nos llevaron de noche hasta una isla de Gilbert y allí nos dejaron, mirando con dolor cómo la astronave se elevaba regresando a Venus.

- Y esto es todo -acabó el profesor Stefansson-. El resto deben de conocerlo ustedes. Llegamos a los Estados Unidos, contamos la verdad de cuanto habíamos sucedido y nadie nos creyó. Por el contrario, desatamos contra nosotros todas las furias y las burlas del averno. La O.N.U. nos exigió que retiráramos cuantos llevábamos dicho y explicáramos a satisfacción nuestra larga ausencia, así como la pérdida del avión. Al mantener nuestra larga ausencia, así como la pérdida del avión. Al mantener nuestra historia nos despidieron. Fue una fortuna que allá en el Tibet, en el monasterio adonde nos llevaron los hombres grises, encontráramos a miss Carol Mitchel. Se ofrecían trescientos mil dólares de recompensa a quien la devolviera viva o muerta. Carol Mitchel estuvo con nosotros en Venus, regresó con nosotros a la Tierra y añadió a la recompensa doscientos mil dólares más. Repartimos ese medio millón entre todos los que tomamos parte en aquella expedición, y gracias a eso podemos seguir viviendo.

- Bueno -suspiró Harry Terney saltando de la mesa al suelo y hundiendo las manos en los bolsillos de su pantalón-. La historia es realmente sensacional. No me asombra que nadie la creyera.

- A nosotros tampoco -murmuró mister Stefansson.

- ¿Por qué, entonces, no la callaron?

- Solamente por este motivo, mister Terney. Cuando partimos de Venus dejamos a los hombres azules peleando contra los hombres grises. Suponemos que los creadores de los platillos volantes habrán derrotado a los venusinos, y que más pronto o más tarde se

presentarán en la Tierra con todo su acompañamiento de armas infernales, a las que apenas si podríamos oponer resistencia alguna. Sabiendo que ese peligro se cierne sobre nuestra civilización, ¿creen ustedes que podíamos callar nuestra aventura y esperar pacientemente a que se cumplan nuestros adagios?

- Tal vez los hombres azules derrotaron a los hombres grises.

- Eso no resolvería la cuestión. Si los venusinos han derrotado a los hombres grises no tardarán en venir a la Tierra atraídos por la curiosidad. Y en cuanto vean por sus propios ojos que la Tierra reúne mejores condiciones de vida que Venus, ¿qué creen ustedes que pensarán?

- Tal vez conquistar nuestro mundo -murmuró Harry Terney.

- Eso fue lo que pensamos nosotros, y por eso contamos lo que habíamos visto aunque adivinábamos que nadie nos creería.

El joven constructor de aviones se escanció dos dedos de whisky en un vaso y lo apuró de un trago. Luego permaneció unos minutos mirando pensativo hacia la rama de acacia que acariciaba los cristales del ventanal.

- Caballeros -dijo finalmente-. ¿Estarían dispuestos a acompañarnos al profesor Eicken y a mí si realizáramos un viaje a Venus?

El profesor Stefansson cruzó una mirada de estupor con Miguel Ángel Aznar, quien se la devolvió igualmente impregnada de asombro.

- ¿Está bromeando, mister Terney? -preguntó el profesor.

- Hablo muy en serio, profesor.

- Temo no haber comprendido bien. ¿Ha dicho usted que van a hacer un viaje a Venus?

- No. No lo he dicho -sonrió el joven millonario-. Les he preguntado solamente si, en caso de que fuera posible llevar a cabo ese viaje, estarían ustedes dispuestos a acompañarnos.

- Mister Terney -dijo Ángel adelantándose un paso hacia el millonario-. Usted no ha creído una palabra de cuanto acabamos de contarle, ¿verdad?

- Por el contrario, lo he creído todo.

- ¿A qué viene entonces esa estúpida invitación? ¿Cree tal vez que si hubiera posibilidad de ir a Venus nos negaríamos a formar parte de la expedición?

- Bueno -rió Harry-, todavía no han contestado a mi pregunta. ¿Nos acompañarían o no?

- ¡Mil diablos, mister Terney! -rugió el español-. ¡Iría aunque fuera montado en una escoba para demostrarle a usted que es verdad lo que acabamos de contar aquí!

- ¡Desde luego! -apoyó mister Stefansson-. ¡Iríamos!

- Entonces vendrán -rió Harry. Y volviéndose hacia el profesor von Eicken dijo-: ¡Adelante, profesor Eicken!

El alemán abrió uno de los cajones de la mesa y extrajo un rollo de cartulina, que extendió sobre la mesa sujetando las esquinas con el pisapapeles y el teléfono. Se trataba del plano de un avión.

- Este que ven ustedes es el futuro vehículo interplanetario -dijo Harry con cierta ironía en la voz-. Con él nos proponemos hacer un viaje… a Venus.

- ¡Caspita! -exclamó el profesor-. ¿Será posible?

- ¡Yo lo creo! Y no olviden que les he tomado su palabra. Ustedes nos acompañarán en este viaje a Venus.

Miguel Ángel y el profesor cruzaron otra mirada de asombro.

- Nuestros distinguidos huéspedes tal vez estén pensando que han venido a caer en una casa de locos -dijo Harry Terney al oído de Erich von Eicken, pero bastante fuerte para que lo oyeran Ángel y el profesor Stefansson.

- ¡Oh…, no! -protestó el profesor-. ¡Nada de eso…!

- ¿No quieren examinar nuestros planos? -invitó el alemán.

Mister Stefansson se inclinó sobre los dibujos. Los estuvo

observando en silencio un buen rato. Finalmente se irguió preguntando:

- ¿Motores de hidracina y ácido nítrico con mezcla de oxígeno?

- No -sonrió el sabio alemán.

- Motores de hidracina son los que Werner von Braun se propone utilizar para los cohetes que vayan a la Luna.

- Conocemos todo lo relativo a ese proyecto del profesor von Braun -aseguró von Eicken-. El primer paso para la realización del proyecto sería la construcción de una “estación de salida” situada a 1.720 kilómetros sobre la Tierra. De esta “estación” saldrían los cohetes con 3.636.000 litros de combustible a base de hidracina cuyo costo se calcula en el 60 por 100 de los 300 millones de dólares que costará ese viaje.

- Sería una empresa demasiado costosa para que la realizáramos nosotros -dijo Harry Terney-. Nosotros nos proponemos ir a Venus sin necesidad de tantos preparativos, dinero y tiempo como proyecta Werner von Braun. El profesor von Eicken ha descubierto un nuevo combustible para motores cohete mucho más barato y eficaz. Su relativa economía con respecto a los otros combustibles conocidos hasta ahora, me han animado a acometer la empresa por mi propio riesgo…

- ¿Quiere decir que este viaje es particular… y secreto?

- Absolutamente secreto. Sólo conocen este proyecto los que estamos aquí y un par de hombres de toda mi confianza. Esos hombres son el delineante que trazó este plano y el mecánico que construirá los motores.

- ¡Hum! -murmuró el profesor Stefansson con desconfianza.

- ¿No nos cree?

- No quisiera que ustedes lo tomaran como desconfianza -murmuró el profesor-, pero sin una prueba…

- Tampoco ustedes pueden darnos pruebas de que estuvieron en Venus -protesto Harry visiblemente enojado.

- Si… desde luego… -se disculpó el profesor-, en eso tiene razón. Perdonen, caballeros, y acepten mis disculpas…

- Y no es porque no podamos ofrecerles esa prueba -dijo Harry Terney-, sino porque el combustible que se necesaria para realizarla cuesta más de cien mil dólares. Podemos mostrarles el prototipo de ese cohete. Con este avión nos elevamos la semana pasada a 346 millas de altura y dimos la vuelta al mundo en hora y media.

- ¿Podríamos ver ese prototipo?

- Desde luego, ahora mismo.

Salieron al campo de aterrizaje y Harry Terney les llevó hasta el hangar del “Lanza”.

- Pondré en marcha uno de los motores para que ustedes lo vean funcionar -dijo Harry encamándose en la carlinga.

Mister Stefansson y Miguel Ángel Aznar, en un rincón del hangar, presenciaron cómo una lengua de fuego salía por el tubo del motor al mismo tiempo que resonaba en sus oídos al mismo tiempo que resonaba en sus oídos un silbido aterrador. El calor en el hangar se hizo tan insoportable que a no haber parado el motor hubieran muerto asfixiados en un minuto.

- ¿Qué les parece? -preguntó Harry saltando a tierra.

- ¿Qué les parece? -preguntó Harry saltando a tierra.

- Creo que hablaban en serio -murmuró el profesor arrepentido.

- ¡Seguro! ¿Creen ustedes que querrían también formar parte de la expedición Arthur Winfield, George Paiton, Richard Balmere y Walter Chase? Sería muy conveniente que contáramos con ellos.

- Dudo que quieran emprender esta aventura -sonrió Ángel-. Los recuerdos que guardamos de Venus no son precisamente agradables. Mi amigo Arthur se casó con Carol Mitchel. Walter Chase también se casó con una muchacha de Omaha y actualmente se dedica a la cría de vacas. En cuanto a Richard Balmer y George Paiton se asociaron en un negocio de aparatos de televisión y radio. Yo mismo estoy casado con Bárbara Watt, y para acompañarles a Venus tendré que vencer su firme oposición, pero de todos modos probaremos.

CAPÍTULO IV

SALIDA PARA VENUS

A orillas del lago Erie, no lejos de Cleveland, poseía la “Terney Air Company” una factoría exclusivamente dedicada a la construcción de los grandes hidroaviones trasatlánticos. Estos talleres fueron los elegidos por Harry Terney para punto de reunión y montaje de las diferentes partes de la nueva versión del “Lanza”.

El profesor Erich von Eicken y Edgar Ley trasladaron su residencia a la factoría “B” y emplearon los dos primeros meses en preparar el terreno donde había de levantarse la enorme mole del “Lanza P-50”. Eligieron para ello el más apartado de los astilleros y lo circundaron de altas tapias. Luego seleccionaron los sesenta mejores y más antiguos operarios de la “Terney Air Companya” y reunieron la maquinaria y utillaje que en breve iban a necesitar.

Cuando empezaron a llegar las partes que formarían el sólido casco del “Lanza P-50”, el genio previsor de Edgar Ley hablase adelantado a cualquier contratiempo, de forma que el montaje empezó al punto y se prosiguió sin suspender ni una sola hora.

Mientras el profesor Eicken se dedicaba día y noche a la fabricación de las enormes cantidades de su combustible especial que necesitarían para el viaje, el “Lanza” cobraba forma, lenta pero ininterrumpidamente. Su casco, de 66 metros de largo, recordaba el cuerpo fusiforme de un delfín de prolongada nariz y alta y elegante aleta posterior. El profesor no había querido alterar en esta segunda versión del “Lanza” las principales características del prototipo, de forma que Edgar Ley se ahorró el trabajo de delinear otro aparato, con la consiguiente ganancia de tiempo.

El tiempo era una de las muchas preocupaciones de los astronautas. Venus, cuando se encuentra cerca de su conjunción superior, o sea detrás del Sol, dista de la Tierra más de 250 millones de kilómetros. Cuando está más cerca de la Tierra, en conjunción inferior, la distancia se reduce a 40 millones de kilómetros. Tendría entonces, si pudiera observarse, más de 60” de diámetro, pero en esta posición está del mismo lado del Sol que la Tierra y nos presenta, como la Luna en el novilunio, su hemisferio oscuro, siendo por lo tanto, invisible.

El profesor Erich von Eicken calculaba que invertirían en el viaje

unos 52 días, pero para que la distancia de 40 millones de kilómetros no aumentará, se hacía indispensable que aprovecharan los días en que Venus estaría más cerca de la Tierra, pues de lo contrario tendrían que esperar 225 días, hasta que Venus diera otra vuelta completa alrededor del Sol.

Mientras el “Lanza” cobraba forma en los astilleros, Thomas Dyer montaba pieza por pieza los dos colosales motores del aparato. Bill Ley fue su único ayudante, y aunque alguna vez iba Harry Terney a echarles una mano, ningún extraño vio siquiera qué aspecto tenían estos motores, cuyo funcionamiento se mantuvo en el más absoluto de los secretos.

Miguel Ángel Aznar, a su regreso a Trenton, iba preocupado y abismado en profundos pensamientos. Su esposa, la rubia y hermosa ex secretaria de la “Astral Information Office”, Bárbara Watt, le estaba mirando desde la ventana, y apenas le hubo besado le espetó la pregunta que esperaba y temía:

- ¿Qué quería de ti mister Terney, Ángel? ¿Quería emplearte como piloto de pruebas?

Desde que recibieran la carta de Harry Terney, Bárbara tenía la certeza de que le fabricante de aviones quería hacer de Ángel uno de sus pilotos de pruebas. Miguel Ángel le explicó que esta ocasión la entrevista habida entre el profesor Stefansson y él, de una parte, y Harry Terney y el profesor von Eicken, por otra.

Bárbara Watt puso el grito en el cielo en cuanto supo que su marido habíase comprometido para formar parte de la expedición que en breve volaría a Venus. Le amenazó con solicitar el divorcio, se echó a llorar y enumeró cuidadosamente todas las veces que creyó ver en el que ahora era su marido indicios de su crueldad, maldad, informalidad y otros mil defectos, por todos los cuales no debería haberse casado con él.

En este punto y hora empezó una larga y cruenta batalla entre los hasta entonces felices cónyuges. Miguel Ángel hizo un llamamiento al sentido común de su esposa.

- Compréndelo, Bárbara. Soy feliz contigo, nada me falta y nada ambiciono. No es un mero afán de aventuras el que me impulsa a seguir a mis amigos camino de Venus, sino la necesidad imperiosa que siente todo hombre de asegurar su futuro. Tú sabes como yo que

estamos prácticamente sentados sobre un barril de pólvora… que el mundo entero descansa tranquilo junto a una carga de explosivos que le despedazará en un abrir y cerrar de ojos, cuando más descuidado esté.

- Deja al mundo que resuelva sus asuntos -respondió Bárbara apretando los puños con rabia-. ¿Qué nos importa el mundo a nosotros?

- El mundo somos nosotros también, Bárbara. Nuestros hijos serán parte del mundo. No podemos encogernos de hombros inhibiéndonos de la suerte del vecino, porque la suerte del vecino será la que corramos nosotros también. Allá, en Venus, dejamos a unos seres para quienes la conquista de nuestro mundo no es solamente sencilla, sino necesaria. Sabemos que un día, más pronto o más tarde, esos seres sin razón ni sentimientos descenderán de las nubes y nos aherrojarán con los grilletes de la esclavitud. Eso lo sabemos tú y yo, y unos pocos hombres más por desgracia. ¿Crees que podemos edificar nuestro hogar, formar nuestra familia, trazar un futuro… esperando que todo se venga abajo en un momento cualquiera?

- Está bien, Ángel -suspiró Bárbara-. Iremos a Venus…

- ¿Iremos?

- Eso dije. ¿Crees que podría dejarte marchar a ese planeta infernal y quedarme esperándote aquí abajo, sufriendo y sin saber nada de ti?

- ¡Pero Bárbara…!

- Iré contigo -afirmó ella con energía-. O de lo contrario…

- ¡Por Dios, Bárbara! -la atajó Ángel alzando una mano-. ¡No sigas por el camino de las amenazas! Siempre que dice “o de los contrario…” es para derrotarme acumulando represalias. Vendrás con nosotros… si mister Terney lo permite, claro está.

- Aunque ese mister Terney no lo permita, Ángel. O de lo contrario…

Miguel Ángel Aznar suspiró aliviado. Por aquellos días acababa de saber que George Paiton y Richard Balmer, contra lo que él esperaba, habían respondido a la invitación de mister Terney aceptando formar parte de la expedición. Ángel estaba impaciente por ver a sus amigos y

al “Lanza”, y aprovechando un fin de semana se trasladó acompañado de su esposa a Cleveland.

En la factoría “B” la jornada de trabajo era de veinticuatro horas en tres turnos de ocho horas. No importaba que fuera día festivo, ni que lloviera, ni que cayeran chuzos de punta. La construcción del “Lanza” proseguía a ritmo acelerado. El tiempo abreviaba.

Con gran asombro encontró Ángel en la factoría a George Paiton y a Richard Balmer. George seguía siendo el esbelto muchacho de ojos verdes y mejillas sonrosadas de siempre. Continuaba mascando pastillas de chicle y usando de su endiablado argot neoyorquino para enfadarse. Richard Balmer era el mismo de siempre. Había engordado algo más, lo que le hacía parecer mucho más fornido de lo que ya anteriormente era.

Ambos saludaron a Miguel Ángel con verdadera alegría. El español supo que habían traspasado su tienda de radio, televisión y discos, y que habían metido su dinero en un Banco, yéndose a vivir y trabajar a la factoría “B”, donde fueron muy bien acogidos estos dos estupendos auxiliares.

El domingo almorzaron todos juntos alrededor de la bien provista mesa de mister Harry Terney.

- Mister Aznar -dijo el millonario volviéndose hacia el joven español-. ¿Por qué no liquida su negocio y se viene a trabajar con nosotros?

- No quiero vender mi garaje, mister Terney. Lo dejaré en manos de un encargado de toda confianza mientras estemos ausentes, y luego volveré a mi taller.

- Yo no creo que pueda hacerlo.

- ¿Por qué?

- Porque si volvemos de Venus con pruebas de la existencia de los hombres grises, inmediatamente empezará la guerra entre la Tierra y Venus. Nuestro mundo, asustado, empezará una loca carrera de armamentos, y usted será llamado a servicio activo y ascendido, porque ustedes, con dos viajes a Venus en su haber, serán los más indicados para guiar los futuros cohetes interplanetarios que ataquen a Venus. Ustedes, también, serán insustituibles para levantar mapas de

Venus, informar sobre las costumbres y la forma de combatir de los hombres grises, escribir un diccionario “Inglés-Thorbod”, etc…

- ¡Cuánta fantasía tiene usted, mister Terney! -rió Ángel.

- Realidades, amigo Aznar. Yo puedo venderle a usted un puñado de acciones de la “Terney Air Company”, que le dejarán muy buenos intereses. Piense además el dinero que mi compañía ganará construyendo “Lanzas P-50” a toda máquina.

Miguel Ángel creía que el millonario hablaba en broma, pero cambió de parecer cuando supo que el profesor Stefansson, George Paiton y Ricard Balmer, habían invertido sus capitalitos en la “Terney Air Company”. Bárbara convenció a Ángel de que debían de liquidar el negocio del garaje -a ella no le gustó nunca-, y fue así cómo dos semanas después, Miguel Ángel Aznar era a la vez socio de la “Terney Air Company” y activo colaborador de Thomas Dyer en las últimas fases del acabado de los dos poderosos motores del “Lanza P-50”.

Dos meses después el aparato estaba completamente acabado y era botado al lado(lago) Erie, donde quedó meciéndose como un gigantesco delfín que hubiera salido a tomar el sol.

El tiempo disponible era poco. Las dos últimas semanas se invirtieron equipando al “Lanza”. Harry Terney se empeñó en que el armamento del aparato fuera, por lo menos, tan eficaz como el de una superfortaleza volante, así como en llevarse a Venus un helicóptero, un “jeep”, una cano automóvil y diversos objetos e instrumentos.

Luego que se consideró al “Lanza” totalmente equipado, el espacio que quedó para los tripulantes era tan reducido como el de un submarino. Misteriosos camiones cubas llegaron en plena noche y procedieron a llenar los insaciables tanques del aparato, cada uno tan grande como un vagón cisterna de ferrocarril, con el combustible inventado por el profesor von Eicken. Al amanecer había concluido la peligrosa operación del trasiego, y el “Lanza” era declarado útil para remontarse en el espacio y volar hacia Venus.

Dos días antes de la partida fue evacuada la factoría. Mister Harry Terney premió a sus obreros con una paga extraordinaria y una licencia que le sirvió como excusa para que ningún extraño fuera testigo de la partida del “Lanza”.

Formaban la expedición los siguientes personajes: Miss Bárbara

Aznar y miss Eise von Eicken, mister Harry Terney, Miguel Ángel Aznar, el profesor Erich von Eicken, el profesor Louis Frederick Stefansson, George Paiton, Richard Balmer, el mago de la mecánica mister Thomas Dyer, el delineante mister Edgar Ley y su hijo Bill Ley y los perros Kim y Chita.

Unas horas antes de zarpar se realizó en tierra la última comida, guante la cual lanzó un optimista discurso mister Harry Terney. Con las primeras sombras de la noche los expedicionarios subieron al "Lanza" y se cerraron herméticamente las puertas, marchando cada cual a ocupar su sitio. Thomas Dyer puso en marcha los motores, y el profesor von Dyer puso en marcha los motores, y el profesor von Eicken tomó asiento ante los complicados mandos.

El "Lanza" profirió un aterrador aullido por sus motores y luego un terrorífico trueno que no fue posible escuchar desde el interior del aparato, provisto de doble casco aislante. El aparato se deslizó con creciente velocidad sobre las tranquilas aguas del lago y se remontó en el aire, pasando como una ráfaga sobre un vaporcillo que estuvo muy cerca de naufragar y desapareciendo en la noche, negra como boca de lobo. La aventura comenzaba.

CAPÍTULO V

A TRAVES DEL ESPACIO

Liberado de la fuerza de atracción de la Tierra, el "Lanza" surcaba un espacio totalmente negro, donde brillaban a la vez todos los mundos y estrellas con claridad muchas veces superior a la que nosotros vemos desde la Tierra, pues la luz de los astros no había de atravesar para llegar hasta las maravilladas pupilas de los astronautas, centenares de kilómetros de una atmósfera que, aunque transparente, absorbe buena parte de la luz que la atraviesa.

Un día eterno alumbraba al "Lanza", y en mitad de este día sin ocaso brillaban a la vez Sol, Luna, estrellas… y Tierra, un disco de plata igual a cinco soles de anchura. También desde la Tierra serían visibles las estrellas si no hubiera aire a su alrededor; pero no habiendo aire, el cielo no sería azul, sino negro, completamente negro, como lo vieron los arrojados astronautas al salir de la atmósfera de la Tierra, quedando rodeados de una inmensa esfera negra, agujereada por el disco brillante del Sol.

Nuestros viajeros habían dispuesto las cosas de forma que la vida a

bordo del “Lanza” fuera confortable, pero haba otras cosas que presentaban serios problemas imposibles de remediar.

Al trasponer el límite de la fuerza de atracción de la Tierra, el profesor Eicken paró los motores, y a partir de este punto hasta que llegaron a la zona de espacio sometida a la fuerza de gravitación de Venus, el “Lanza”, bien arrumbado, no necesitó de fuerza propulsora ni de corrección en el rumbo para llegar al lucero de la mañana, pero entonces ocurrió lo que ya los sabios habían previsto.

A medida que el “Lanza” corría a lo largo de su órbita, avanzaba también hacia la anulación de pesos. En la primera hora de navegación, los astronautas se mantuvieron pegados a las ventanillas comentando el espléndido panorama que ofrecía el planeta Tierra a medida que se alejaban a él. Al cabo de esta hora, sobre poco más o menos, el cansancio de todos aquellos últimos días de febriles preparativos se hizo notar y cada cual se retiró a su litera.

El profesor von Eicken había ideado, para remediar el efecto de los campos magnéticos, un sistema de sujetación para los platos, las mesas y los demás muebles no atornillados al piso. A su vez, y cubriendo los pisos, habíanse dispuesto gran número de correas atornilladas por los extremos al suelo, formando asas para que al andar los tripulantes fueran metiendo las puntas de los pies. La razón de este enojo sistema de andar arriba y abajo del “Lanza” se comprenderá al hacer notar que, una vez rebasado el límite de atracción de la Tierra, nuestros amigos “no pesaban nada”, y que la no tirar de ellos la Tierra hacia abajo, tiraban de ellos, en todos sentidos, las masas que les rodeaban.

Bill Ley había estado durmiendo beatíficamente no sabía cuántas horas y despertó súbitamente al sentir una extraña sensación. La cabina estaba a oscuras, y Bill buscó a tientas el interruptor, pero su mano sólo encontró el vacío. Muy sorprendido apartó a un lado la manta que le cubría e intentó bajar de la litera. Entonces sintió que un sudor frío le cubría de pies a cabeza. Sus pies no encontraban el piso, y sus manos palpaban al aire.

- Estaré soñando todavía -se dijo Bill.

Puso la mano bajo su cuerpo y, ¡horror!, tampoco había nada bajo de él. La colchoneta había desaparecido, y en mitad de las tinieblas, Bill todo era volverse a un lado y otro palpando en espera de encontrar algo material.

- ¡Estoy muerto! -se dijo con terror-. ¡Toco las cosas y no lo noto!

- ¡Papá…, papá…!

Edgar Ley despertó sobresaltado por los gritos de su hijo, y su primera intención fue saltar de la litera. Pero la faja de lona que le sujetaba le impidió levantarse. Entonces buscó a tientas la perilla y apretando el botón encendió la luz.

Lo que vio le hizo abrir unos ojos como platos. Su hijo, Bill, estaba suspendido en el aire, precisamente en mitad de la habitación y a igual distancia del piso que del techo, manoteando y lanzando terroríficos gritos.

Con la vuelta de la luz, Bill dejó de creer que estaba muerto y de gritar. Ya le habían advertido antes de acostarse que se sujetara con la faja de lona a la litera, pero él habíalo olvidado. Consecuencia de este olvido fue que en la oscuridad, y sin que el muchacho se apercibiera, al ir disminuyendo la fuerza de gravedad, Bill fue levantándose sobre la litera y, flotando como una pluma, fue derivando hasta ocupar el centro de la habitación, que era el centro magnético en aquel caso.

- ¡Majadero! -gruñó mister Ley-. ¿No te advirtieron que te sujetaras con el cinturón?

Saltó el iracundo buen hombre al suelo, pero inmediatamente empezó a subir hacia el techo. Mister Ley se “ancló” con una mano a la litera y con la otra tiró de Bill, volviéndolo a bajar. Luego procedió al rescate de la manta, los zapatos y una botella de agua que también estaban “navegando” por el aire.

- ¡Vaya susto! -suspiró Bill-. Trae la botella.

Edgar Ley dio la botella a su hijo y le miró con ironía mientras el muchacho quitaba el tapón. Apenas lo hubo hecho, y como si de campaña se tratara, el agua se salió en un chorro por el gollete ante los asombrados ojos de Bill y subió hacia arriba, yendo a formar un charco”… ¡en el aire!

- ¡Cuernos de Satanás! -gritó el muchacho-. ¡Me gustaría saber qué tío guasón ha preparado esta broma!

- No es broma, Bill -dijo su padre riendo-. Es que el agua de la

botella ya no cae hacía abajo, sino que se va hacia su centro de atracción en mitad del cuarto.

Incidentes como éste se repitieron una y otra vez animando con notas de humor la monotonía de la vida a bordo del "Lanza". Era frecuente ver a algún viajero o viajera flotando en el espacio y llamando en su auxilio a los demás para que los apearan de sus alturas. Esto ocurría siempre que fallaban el pie de las asas del piso o se olvidaban de sujetarse convenientemente.

No era posible sentarse a comer en la mesa sin sujetarse a la silla con un cinturón, y los platos se iban por el aire si no se atornillaban al tablero. Luego era la comida la que se les escapaba de las manos como si estuviera dotada de vida propia para irse a pasear por las alturas del comedor. Si olvidados de lo que iba a ocurrir destapaban una botella, el líquido se derramaba en el aire, y había que subir hasta el charco para empujarlo poco a poco dentro de la botella haciéndolo prisionero.

La cocina les planteaba problemas más difíciles todavía. Los pucheros se negaban a mantenerse quietos sobre el fogón, y si se conseguía sujetarlos, entonces eran los líquidos que contenían los que se escapaban, causando la desesperación de las indignadas cocineras.

Esta situación anómala fue cambiando en el transcurso de los días, cuando el Sol, primero, y Venus después, fueron ejerciendo su influencia sobre el "Lanza" a medida que el aparato se aproximaba a ellos.

La vida a bordo era aburrida. Aunque llevaban buena provisión de discos de gramófono, pronto estuvieron demasiado escuchados para proporcionales diversión. La mayor parte del tiempo leían o charlaban. Cuando no, los que anteriormente habían estado en Venus enseñaban a sus compañeros el idioma de los hombres grises por si algún día se veían en la necesidad de emplearlo. Después de todo esto les quedaba el recurso de contemplar desde las ventanas el espléndido espectáculo que ofrecían mundos y estrellas brillando a su alrededor.

La Tierra era por días más pequeña. Venus, en cambio, crecía de tamaño. El día previsto por los sabios profesores Louis Frederick Stefansson y Erich von Eicken, el "Lanza" entro en la zona de atracción de Venus. La velocidad fue acelerándose entonces y los motores entraron en actividad frenando el enorme impulso que el aparato había tomado en su caída hacia Venus. Entonces, también,

empezaron a llegar hasta los aparatos receptores de radio del "Lanza" múltiples mensajes emitidos en una lengua que el profesor Stefansson identificó en el acto.

- Este idioma es el de los hombres grises -aseguró.

- ¿De veras puede descifrar lo que dicen? -preguntó Harry con asombro.

- Naturalmente que puedo -sonrió el profesor-. Y lo entendemos también todos los que anteriormente estuvimos en Venus. Usted, mister Terney, tal vez esperaba encontrar un Venus deshabitado.

- Reconozco que todo este tiempo estuve dudando de ustedes -confesó el joven millonario.

- Pues ya ve usted que decíamos la verdad. Desde luego, los mensajes de los "thorbod" no dicen nada extraordinario. Se refieren casi todos a órdenes cursadas para los aparatos aéreos.

Mientras el "Lanza" caía hacia Venus, los terrestres se mantuvieron con el oído pegado a los receptores de radio. Ni una sola vez escucharon mención alguna a los hombres azules. Con toda seguridad habían sido vencidos por los "thorbod", y esta certeza sumió en la preocupación al profesor Stefansson.

El planeta les ofrecía ahora su hemisferio en sombras, pero cuando el "Lanza" se inclinó ligeramente hacía la izquierda apareció en cuarto creciente a modo de una plateada raja de melón. El tamaño de esta raja crecía por momentos, hasta que llenó completamente el ventanal acristalado por donde miraba Harry Terney con las pupilas llenas de emoción.

Las nubes que desde lejos formaban una masa blancuzca fueron cobrando forma. El "Lanza" se precipitó sobre Venus a una velocidad todavía considerable.

- ¡Ahora va! -se oyó gritar al profesor Eicken en el momento de cruzar la barrera de nubes.

Harry atisbaba ansiosamente tras los cristales. Por unos segundos el avión cohete navegó por entre las nubes como por entre un banco de niebla. Súbitamente pareció abrirse un boquete entre las nubes. El suelo de Venus se ofreció a la mirada codiciosa de los audaces

exploradores, todo cubierto de verdes y lujuriantes selvas.

- ¡Tierra… Tierra! -gritó Harry loco de alegría.

- Querrá decir ¡Venus… Venus…!, amigo mío -apuntó el profesor Stefansson.

El "Lanza" irrumpió en la atmósfera de Venus a una velocidad de 2.000 Kilómetros por hora, superior en mucho a la del sonido, y la temperatura en el casco exterior subió instantáneamente a 160 grados.

Para ayudar a los motores en su frenado, el profesor Eicken hizo encabritar la proa del "Lanza" hacia el cielo. La fuerza de atracción de Venus y los motores empujaron a la vez hacia abajo, y la velocidad bajó a 1.100 kilómetros a la hora, descendiendo la temperatura a 50 grados. La proa del avión volvió a su posición horizontal, y el profesor anunció estar conjurado el peligro de una catástrofe. Todos los indicadores del "Lanza" marcaban en este momento cifras absolutamente normales, excepto el altímetro, que señalaba alturas imaginarias. La razón consistía en la menor presión de la atmósfera de Venus.

- Bueno -suspiró Edgar Ley-. Ahora necesitamos un mar o un lago donde poder amarar. ¿En qué lugar de Venus nos encontramos?

- El diablo lo sabe -refunfuño Ángel-. Las brújulas terrestres no sirven para nada en este mundo. Venus carece de polo magnético.

- ¡Allá se ve el mar! -gritó Bill señalando hacia el brumoso horizonte.

El "Lanza" puso proa hacia la dilatada llanura color verdoso sucio.

- Vamos a amarar -anunció el sabio alemán-. Estamos haciendo un gasto inútil de combustible, puesto que no sabemos adónde vamos.

El "Lanza" se dejó caer con suavidad sobre el agua y navegó varias millas dando una gran vuelta y regresando hacia tierra (Aunque lo correcto sería decir "regresando a Venus", diremos tierra para evitar confusiones innecesarias al lector N. del A.). A dos millas de tierra se detuvo y quedó meciéndose dulcemente en las ondas de aquel desconocido océano.

Harry Terney se precipitó hacia la puerta que se abría en la proa

del “Lanza” y la abrió para respirar a todo pulmón el aire, notablemente cargado de vapor de agua, de Venus.

- Bueno -suspiró-. Ya tenía ganas de respirar aire puro. Por fin llegamos a Venus. ¿Dónde están esos bichos color cenizas, mister Stefansson?

- ¿Se refiere a los “thorbod”?

- A ellos me refiero, sí. ¿Creen ustedes que habrán advertido nuestra llegada y mandarán a alguno de sus platillos volantes para examinarnos?

- Es muy posible que sus aparatos de “radar” nos hayan denunciado. No estaría de más que buscáramos como primera providencia una caleta donde poder anclar nuestro “Lanza” y cubrirlo de ramas y hojas de forma que no sea visible desde el aire.

- Me parece una sugerencia muy acertada. Botemos la lancha al agua y vayamos en busca de asa de caleta. De paso echaremos una ojeada en tierra. Estoy ansioso de pisar tierra de Venus.

La lancha, así como el helicóptero y el cochecillo “jeep”, ocupaban un pequeño garaje situado en el centro del “Lanza”. A un lado se abría una de las paredes, de forma que al caer hacía afuera formaba una plataforma de 15 metros cuadrados. Esta plataforma saledіza bastaba para ofrecer al helicóptero un terreno de despegue y aterrizaje. En el borde exterior había un pescante. Nuestros amigos empujaron a la lancha automóvil sobre unos rodillos hasta dejarla entre los dos brazos del pescante. Entonces ataron los cabos a proa y popa y la dejaron dispuesta para ser botada al agua.

Harry Terney, Ángel, el profesor von Eicken y Bill Ley saltaron a la lancha llevando consigo dos fusiles ametralladores y dos escopetas de caza por si encontraban alguna pieza que matar. El resto de los expedicionarios descolgaron la canoa hasta el agua.

- ¡Traed carne fresca! -les gritó Bárbara-. ¡Ya estamos cansadas de comer conservas!

Bill Ley puso los dos motores de la canoa en marcha y su estrépito ahogó los gritos de despedida. La lancha se separó del aparato y puso proa a la costa arando las verdes aguas con un tajo de espuma. Harry notó el excesivo calor que les lanzaba a la cara el bosque de enfrente,

junto con un penetrante olor a materias orgánicas en descomposición, y se quitó la camisa, quedando a pecho descubierto.

Ángel y Bill le imitaron, y el profesor se contentó con quedarse en camiseta sport. Examinaron la línea de la costa con los prismáticos. Al llegar a una milla de tierra pusieron proa paralelamente a ella y navegaron así a regular marcha durante diez minutos, hasta que Harry tendió el brazo señalando:

- Creo que allí está lo que buscamos.

Bill empujó la caña del timón y la canoa puso proa hacia una angosta caleta que formaba una brecha profunda entre los gigantescos árboles.

- Helechos -señalo el profesor Eicken-. Esta flora exuberante dio origen en la Tierra a nuestras minas de hulla.

- ¡Eh, miren eso! -gritó Bill soltando la caña del timón y poniéndose en pie señalando a un horrible pajarraco, que volaba a tumbos batiendo pesadamente unas alas membranosas.

- ¡Un “pterodactylus”! -exclamó el profesor con asombro.

El repugnante bicho era de color negruzco y tenía una gran cabeza de prolongado y fuerte pico. Volaba con la pesadez y torpeza propias de un murciélago. La envergadura de sus alas, desprovistas de plumas, no tendría menos de tres metros. El pajarraco apareció volando a poca altura sobre las copas de los árboles. Al parecer vio a la lancha y a los hombres que la ocupaban, y como si aquel objeto le llamara la atención o le enfureciera profirió un horrible grito y se precipitó batiendo sus repulsivas alas sobre la lancha.

- ¡Cuidado! -avisó el profesor echando mano a su “metralleta”.

El bicho cayó sobre los terrestres agitando localmente las alas y mostrando una fuerte y afilada dentadura. Harry Terney, que era un gran aficionado a la caza, requirió con maravillosa presteza su escopeta de dos cañones, se la echó a la cara y disparó a bocajarro, sin apuntar, contra el pájaro.

Las postas de caza mayor dieron de lleno en la cabeza del pajarraco, que se abatió sobre el agua levantando un surtidor.

- ¡Caramba! -exclamó Bill contemplando al enorme pájaro-. ¡Vaya bicho raro!

- ¿Qué dijo usted que era este animal, profesor? -preguntó Harry.

- Dije que era un “pterodactylus”, aunque en realidad jamás he visto uno igual a éste. No es un pájaro propiamente dicho, sino un reptil volador. Tuvimos una especie parecida en nuestro planeta allá por el período Jurásico, en la Era Secundaria o Mesozoica.

- ¿Insinúa que Venus vive ahora nuestra época Secundaria?

- ¿Por qué no? No es ni mucho menos obligatorio que este mundo haya evolucionado al mismo tiempo que el nuestro, y de todos modos, un millón de años no significa nada en la historia de los mundos.

- ¡Hombre, eso está muy bueno! -exclamó Harry-. ¿Quién me dice a mí que no vuelvo a casa llevando un mamut como trofeo?

- Nadie, claro está -sonrió el profesor-. Aunque el mamut pertenece a la Era Cuaternaria, muy posterior a la que dio origen a los reptiles voladores. Y después de esto me gustaría saber dónde metería usted el mamut.

La canoa había seguido navegando y en este momento llegaba a un tiro de piedra de la costa. Esta era una playa muy pina(fina) de arenas revueltas con gran cantidad de caracolillos. La caleta era mucho más espaciosa de lo que parecía desde lejos comparándola con los enormes árboles que casi juntaban sus ramas por arriba formando una especie de techo protector.

- Apta -dijo Ángel mirando a su alrededor.

- ¿Les parece que echemos pie a tierra para estirar las piernas y ver de cazar algo?

Nadie opuso reparos a la proposición. Bill llevó la canoa hasta lo más profundo de la caleta, donde los ramajes formaban ya una verdadera gruta de verdor, y encalló la proa en la arena. Saltaron al agua y ganaron chapoteando la tierra firme. Bajo los árboles, la oscuridad era casi completa, y el calor sofocante. Una vaharada a vegetación en pleno desarrollo y a madera podrida les saludó junto con un formidable piar, chirriar y graznar de aves exóticas.

Harry tiró varias veces contra los pájaros, matando a media docena de ellos. Eran unas aves grandes, fuertes y provistas de vistosas plumas.

- Espero que sean comestibles -refunfuñó Harry examinándolas. Parecen algo así como patos… Bueno, ¿regresamos?

- Si, regresamos. Nuestros amigos deben de estar intranquilos -observó el profesor.

Unos minutos más tarde la canoa abordaba al “Lanza”, situándose bajo la portezuela abierta en el casco. El profesor puso en marcha uno de los motores del “Lanza”, y el solo impulso que recibió el aparato bastó para que éste llegara hasta el fondo de la caleta.

Ángel, Richard Balmer y Bill bajaron a tierra para sujetar las amarras a los robustos troncos de los árboles de las orillas. Bárbara y Else bajaron también aprovechando esta oportunidad para estirar las piernas. Else, en especial, sentía gran curiosidad por ver de cerca la extraordinaria flora y fauna venusina.

Mientras pasaban las amarras alrededor de los troncos, las muchachas correteaban sin alejarse mucho. Miguel las oía hablar sin prestarles atención. Por unos minutos se absorbió en profundos pensamientos. De pronto se volvió creyendo que tenía a sus espaldas a las mujeres.

Ni Bárbara ni Else estaban tras él. Sin embargo, la sensación de tener sobre su nuca unos ojos que le miraban fijamente no cesó.

- Es extraño este silencio -murmuró mirando a su alrededor. Y llamó-: ¡Bárbara! ¿Dónde estáis?

La selva pareció absorber su voz como un acolchado. Nadie respondió a su llamada. Intranquilo volvió a llamar, más fuerte.

- ¡Bárbara…, miss Eicken…!

- ¿Qué ocurre, Ángel? -preguntó Harry Terney asomándose por la puerta del “Lanza”.

En este momento se escuchó un penetrante grito de terror.

- ¡Bárbara… Bárbara! -gritó Ángel lanzándose a la carrera hacia las

espesuras, de donde llegaba la voz.

Entró corriendo por los matorrales. Una figura femenina salió de entre unos árboles y se arrojó en sus brazos dando horripilantes chillidos. Era Else von Eicken.

- ¡Mister Aznar… mister Aznar…! -sollozó abrazándole-. ¡Corra usted… se llevan a Bárbara… se la llevan…!

CAPÍTULO VI

HOMBRES PLANTAS

Ángel se precipitó hacia las espesuras llamando con angustia a su mujer. Mientras corría desenfundó su automática metiendo una bala en la recámara.

Las zarzas le tendían sus brazos erizados de espinas, pero él las arrollaba con incontenible ímpetu, dejándose entre ellos pedazos de carne y de piel tintos en sangre. Oyó bronca de Richard que le llamaba, pero sin detenerse, loco de terror por la suerte que pudiera correr su adorada esposa, continuó hendiendo los matorrales como la proa de un tanque. Oyó un grito de Bárbara:

- ¡Ángel…, Ángel… socorro…!

Venía de la derecha. Ángel echó a correr hacía aquel lado. A corta distancia se movían como si alguien los sacudiera al pasar.

- ¡Bárbara! -llamó.

- ¡Ángel… Ángel…! -le respondió la muchacha.

El español se lanzó hacia delante, moviendo con furia los brazos para apartar lianas y ramajes. Los troncos allí no eran muy espesos. Por entre ellos vio moverse las matas. Al atravesar de un salto un espeso matorral cayó de lleno entre un grupo de extraños arbustos sarmentosos. Solamente a dos metros de él estaba Bárbara. Miguel sintió que la sangre se le helaba en las venas.

Bárbara, sin dejar de gritar, se debatía entre los brazos sarmentosos, largos y horribles, de un “hombre-planta”.

No cabe imaginar en mente humana cosa más repugnante y terrible

que una de estas plantas, liberadas del suelo y dotadas de un instinto primitivo, moviéndose como animales y profiriendo escalofriantes silbidos al verse atacadas por un hombre.

Su aspecto recordaba vagamente el de las arañas. Estaban formados por un cuerpo de forma irregular del que arrancaban, a modo de tentáculos, gran número de brazos oscilantes que les servían a un tiempo de sistema de locomoción y de presa. Estos brazos, sin embargo, no guardaban ninguna relación con los del pulpo ni los de las arañas. Eran ni más ni menos que ramas. Ramas auténticas, bifurcadas, ahorquilladas, retorcidas, moviéndose alrededor, por encima y por debajo del núcleo central que constituía el cuerpo.

El número de ramas no era igual en todos los “hombres-plantas”, ni su forma, ni su distribución ni siquiera su arranque caprichoso del cuerpo estaban regulados por la misma ley natural que da a los hombres dos brazos y dos piernas. Los “hombres-plantas” sólo tenían de común dos cosas. Una eran los ojos.

Los ojos eran dos bulbos situados al extremo de sendas ramas que salían a modo de antenas, de lo que pudiéramos llamar -aunque impropiamente- hombros del bicho o de la copa, y se movían sobre todo el revoltijo de ramas oscilando como dos cabezas de cobra real.

El otro órgano que era afín a todos los “hombres-plantas” consistía en un cuello que salía de entre los brazos de los ojos y que se abría como una boca en dos pétalos carnosos. Esta era en realidad la boca de los “hombres-plantas”, y de ella salían los escalofriantes silbidos que atronaron el espacio al caer Miguel Ángel entre ellos. Su color era de un verde oscuro. Cuerpo y brazos estaban cubiertos por una especie de musgo resbaladizo, y en los extremos de las ramas agitaban unos pelos largos y fuertes que les servían a la vez para succionar los alimentos del suelo y como dedos. El tamaño tampoco era igual para los “hombres-plantas”. Los había con cuerpo de un metro de diámetro o anchura y ramas de tres metros y pico de largas, y los había también muy chicos, pasando de unos a otros por todos los tamaños intermedios.

En los cinco primeros segundos Ángel quedó inmóvil, encogido sobre si y mirando con ojos desorbitados hacia Bárbara. Esta estaba en “brazos” de un gigantesco “hombre-planta” y acababa de perder el sentido.

Arrancándose de su estupor, Miguel Ángel se lanzó hacía ella, pero

los “hombres-plantas” le habían arrollado sus manos a los tobillos. Ángel, por el impulso dado, cayó cuan largo era entre un bosque de ramas que se entrecruzaban y movían como anguilas.

El joven se resolvió y disparó a bocajarro contra el cuerpo de un “hombre-planta”. La bala entró en aquel cuerpo, pero el “hombre-planta” no pareció inmutarse. Agitó uno de sus brazos, que silbó en el aire, y dejó caer sobre la cara de Ángel un zurriagazo terrible.

Ángel lo paró con las manos y luchó, rugiendo de rabia, por desasirse de la trabazón de ramas que le sujetaban las piernas. En este momento llegó Richard Balmer.

Richard Balmer tenía un hacha en la mano cuando Ángel se precipitó hacia Else. Sin soltarla, más bien apretándola con fuerza, el fornido machacón se lanzó en persecución de Ángel y llegó junto a Else cuando el español desaparecía de un formidable salto entre los matorrales.

- ¿Qué pasa? -preguntó Richard asiendo a Else por un brazo.

- ¡Bárbara… unos pulpos horribles se la llevan!

No necesitó más Richard. Dejó a Else y se abrió paso entre la espesura seguido de Bill. Cuando alcanzó a Ángel, el español estaba luchando en el suelo con una trabazón de ramas encima. Más allá, uno de aquellos asquerosos pulpos (pulpos y no otra cosa eran para Richard) desaparecía entre la espesura. Bill Ley surgió detrás de Richard y lanzando un grito se arrojó contra los “hombres-plantas” que estaban poniendo a Ángel en un aprieto.

Richard consideró que Ángel y Bill podrían entendérselas con los pulpos y se fue tras el que se llevaba a la desmayada Bárbara.

- ¡Eh, tú…bicho! -gritó enarbolando el hacha- ¡Espera un momento… no corras!

La velocidad con que el “hombre-planta” se desplazaba no era mayor que la de un joven andando a paso largo. La agilidad no era característica de los “hombres-plantas". Richard lo alcanzó en un momento y esquivó un latigazo que el bicho le tiró a la cara.

- ¡Vas a ver la poda que te hago, animal! -rugió Richard abalanzándose sobre un enemigo.

El hacha, firmemente manejada por Richard, hendió el aire y cortó limpiamente una de las antenas oculares del pulpo. Este profirió un largo silbido de dolor (¿), soltó a Bárbara y trató de abarcar con todos sus brazos al inquieto norteamericano.

El segundo golpe de hacha despojó al “hombre-planta” de uno de sus brazos, el tercero dejó colgando medio cortado a otro, el cuarto rajó como una sandía el grotesco cuerpo de la planta, y el quinto separó del tronco la otra antena ocular.

El “hombre-planta”, ciego y privado de una parte de sus elementos defensivos y ofensivos, se batió en retirada arrastrándose por el suelo. Todavía el hacha justiciera de Richard le descargó dos terribles tajos sobre el tronco, pero la madera aquí era fuerte, porque los “hombres-plantas”, naturalmente, era de madera.

Richard le dejó y alzó a Bárbara del suelo, dirigiéndose con ella hacia donde quedaran Ángel y Bill.

Los dos jóvenes estaban en una situación muy comprometida. En vano disparaban sus pistolas contra los “hombres-plantas”. Las balas se incrustaban en sus cuerpos, pero no les hacían el menor efecto. Bill luchaba por salirse de aquel lío de ramas. Ángel se debatía medio estrangulado por una de aquellas ramas vivas que se le había arrollado al cuello.

La entrada de Richard en Liza fue definitiva. Manejando el hacha con energía y vigor sin igual, cortó primero el brazo vegetal que estaba ahogando a Ángel, y luego arremetió contra los ojos de los “hombres-plantas”. Cuando llegó Harry Terney un momento después. Richard había desmantelado a todos los “pulpos”. Estos, siguiendo las llamadas de su instinto, se pusieron en fuga con toda la velocidad que sus torpes movimientos les permitían.

Uno de los más pequeños se arrastraba como una araña hacia la selva. Richard lo atrapó. Tras una corta lucha a brazo partido, el “hombre-planta” fue vencido de la manera más infamante. Richard le ató las patas con hábiles nudos de marinero, y allí quedó tirado en el suelo el repulsivo bicho.

Tras Harry Terney apareció Thomas Dyer, armado hasta los dientes. Ayudaron a incorporarse al semiahogado Ángel y reanimaron a Bárbara, que estaba volviendo en si.

- Buen trabajo, mister Balmer -dijo Harry mirando los restos de los “hombres-plantas” esparcidos por el suelo.

- Bash, no tiene importancia! -desdeñó Richard secándose con el dorso de la mano el sudor de su frente-. Partir leña es una de mis distracciones favoritas…

Harry Terney se echó a reír a grandes carcajadas, y con él Bill, apenas repuesto del fenomenal susto. Ángel abrazaba a su adorada esposa asegurándose de que no tenía ningún daño. Satisfechos porque todo hubiera acabado bien regresaron a la caleta donde estaba el “Lanza”. Richard Balmer se llevó consigo a su “hombre-planta” y lo dejó caer a los pies del profesor Stefansson diciendo:

- Mire, profesor, aquí le traigo al chico de un “hombre-planta”. Al papa le hice una buena poda allá en el bosque.

El profesor Stefansson y el profesor Erich von Eicken se inclinaron sobre la repugnante cosa.

- ¡Un hombre planta! -Exclamó el sabio alemán-. ¿Será posible que se cumpla la predicción científica de Kenneth Heder?

- Estoy seguro de que se trata de un representante del reino vegetal. Sin embargo no estoy de acuerdo con la teoría de Heder. Si difícilmente se concibe a una planta liberada de la tierra y de libres movimientos, menos concebible es que esta planta piense, y mucho menos hable, como decía Kenneth Heder.

- De que estas plantas piensan no cabe duda -dijo von Eicken-. Encontraron a mistress Aznar y a mi hija en el bosque y las atacaron.

- Puro instinto, profesor. En nuestro planeta Tierra también hay plantas llamadas sensitivas, que apresan a los insectos que sobre ciertas partes de sus hojas se posan. ¿Basta este movimiento puramente instintivo para afirmar que piensan?

- Bien, eso lo sabremos después de haber sometido este bicho a observación -dijo von Eicken-. Lo pondremos en una jaula.

Poco después anocheció de una manera tan repentina que les pilló por sorpresa.

- Esto corrobora mi teoría -dijo el profesor Stefansson-. Debemos encontrarnos en las proximidades del Ecuador.

- Profesor -dijo Harry-, ¿cree usted que habrá alguna ciudad venusina no lejos de aquí?

- No, no lo creo. En Venus sólo hay dos zonas habitables para el

hombre. Estas dos zonas son los polos, que en este planeta no se cubren jamás de hielo y que vienen a ser como las zonas templadas de la Tierra. Entre ambos polos se extiende una ancha faja en forma de barrera. En esta zona el calor es insoportable, la vegetación alcanza un desarrollo extraordinario y en ella viven los grandes reptiles parecidos a los de nuestra Era Secundaria. Saissahar, el continente poblado por los hombres azules, está situado en uno de los casquetes polares, aunque no sepamos en cual de ellos.

- ¿Y qué hay en el Polo opuesto?

- Lo ignoramos. Los saissais nos hablaron alguna vez de las tierras abrasadoras que se extendían más allá del mar que bañaba las tierras de Saissahar. Llamaban a estas tierras el “Continente Verde” y conservaban alguna idea acerca de las “plantas que se comen a los hombres y las bestias tan grandes como casas”, pero sin duda ignoraban lo que había más allá de este Continente Verde.

- ¿No cree usted que esté ocupado también por los hombres grises como Saissahar?

- Es muy posible -admitió el profesor-. De lo que estoy seguro es de no encontrar un solo hombre gris en mil millas a la redonda. Los thorbod soportaban muy mal el calor la última vez que estuvimos en Venus. Incluso en Saissahar, donde el calor viene a ser como el de Venezuela, sentíanse incómodos.

- Entonces no cabe duda. Tendremos que alzar el vuelo y buscar ese Polo donde según ustedes está enclavado Saissahar.

- Yo no se lo aconsejaría -objetó Miguel Ángel.

- ¿Por qué?

- Supongamos que nos remontamos en el aire y volamos al acaso en busca de Saissahar. Hay noventa y nueve probabilidades entre cien a que los detectores o los platillos volantes thorbod nos descubrirían antes que nosotros a ellos. ¿Qué ocurriría entonces? Nos derribarían con tanta facilidad como si ellos ocuparan un avión de propulsión a chorro y nosotros un globo cautivo.

- ¿Por qué tan fácilmente?

- Creo haber hablado alguna vez de sus proyectores ígneos. En

cuanto nos asestaran sus rayos nos derretirían como mantequilla. En cambio, nuestros cañones no podrían nada contra ellos, dada la terrible velocidad que son capaces de desarrollar.

- Bueno -refunfuño Harry-. Algo tenemos que hacer ¿no?

- Desde luego. Para mí, lo más sensato sería navegar con el “Lanza” a lo largo de estas costas hasta dar con una ciudad marítima.

- ¿Qué ventajas nos ofrece este sistema de locomoción?

- Uno muy importante. Los detectores thorbod siempre están apuntados al cielo. No es probable que vigilen el mar con sus aparatos de radar a la espera de que aparezca un enemigo. Podríamos navegar de noche y ocultarnos durante el día en cualquier caleta semejante a esta que ocupamos ahora. Con nuestro “radar” apuntando hacia la costa daríamos con cualquier posible ciudad en plena noche. Entonces utilizaríamos nuestro helicóptero para aterrizar en las proximidades de esa ciudad, efectuar un “raid” y apresar a algún hombre gris. Con un thorbod a bordo yo ya me atrevería a regresar a la Tierra y presentarlo como prueba de que en Venus existe un enemigo del mundo.

- No está mal pensado -intervino el profesor von Eicken.

- No, no está mal pensado -afirmó Harry-. Desde luego, es preferible cualquier cosa a caer en manos de los thorbod. Porque entonces sí que no habría medio de poner en guardia a los terrestres.

- Entonces podemos empezar ahora mismo -dijo el profesor-. La sombra de la noche vino por aquel lado, luego por allá debió ocultarse el sol sobre poco más o menos. La perpendicular debe ser el norte o el sur de este planeta. Espero que el siguiéndola nos lleve hasta Saissahar… a menos que nos conduzca al Polo opuesto.

Puestos inmediatamente de acuerdo, saltaron a la playa, retiraron las amarras y recogiendo la canoa, el “Lanza” salió de popa hasta dos millas mar adentro. Entonces, con un solo de sus motores al mínimo de volumen, empezó la extraña navegación de aquel aparato diseñado para alcanzar grandes velocidades en el aire.

Las condiciones marineras del “Lanza” eran bastante aceptables. Con el empuje que le daba el motor navegaba a razón de 66 nudos, con la proa empinada sobre un mar tranquilo. Corrían así el riesgo de

tropezar con un escollo y de irse a pique, pero este peligro era preferible al de sucumbir bajo las terribles armas de los hombres grises.

El calor, pese al aire desplazado en la rápida marcha, era insoportable. Todos los ventiladores del “Lanza” giraban a la vez y todas las escotillas estaban abiertas; pero así y todo, nadie pudo dormir aquella noche. Las pantallas de “radar” buscaban por los misteriosos caminos del éter un objeto metálico también en las sombras, tratando de hallar una luz que indicara existencia de vida. Así transcurrieron cuatro horas de navegación.

- Es inútil que busquemos una ciudad en estos parajes -dijo el profesor Stefansson-. Debemos de bañarnos muy adentro de la zona tórrida.

- ¡Eh, un momento! -llamó Richard Balmer, que manejaba los aparatos de radio-. ¡Miren esto!

Corrieron precipitadamente hacia las pantallas del “radar”. A lo largo del cristal deslustrado, en sentido inverso al de la marcha del “Lanza”, se deslizaba un punto de luz. Harry corrió hacia una de las ventanas y asestó los prismáticos en aquella dirección.

- No se ve ninguna luz -informó.

- Es extraño -murmuró el profesor Stefansson-. No alcanzó a comprender qué pueda ser ese objeto metálico.

- Tal vez un barco thorbod -insinuó von Eicken.

- Detengámonos y veremos si ese objeto está en movimiento.

Thomas Dyer se precipitó hacia la sala de máquinas y paró el motor. El “Lanza” siguió navegando por el impulso que había tomado y finalmente se detuvo cabeceando dulcemente. Tocando el borde de la pantalla del “radar” quedó el punto de luz.

- No se mueve -murmuró Richard-. Y se encuentra a unas cinco millas de distancia.

- Si se tratara de un barco thorbod sería un barco con avería -arguyó el profesor Von Eicken.

- Si fuera un barco con avería, tal vez pudiéramos atacarlo -añadió Harry Terney.

- A menos que él nos rechazara -gruñó mister Stefansson-. ¿No sería más prudente aguardar a que amaneciera?

Después de un rato de discusión, decidieran no arriesgarse y esperar desde prudente distancia a que amaneciera. El alba encontró a los terrestres sobre la plataforma de vuelo del helicóptero, con los ojos fijos en la lejanía. Una niebla espesa prolongó el amanecer. Luego, surgiendo de entre los jirones de bruma, apareció ante sus ojos atónitos un picacho rocoso de color rojizo, que se erguía desafiante naciendo del mar. Las paredes de la montaña parecían cortadas a pico y totalmente inaccesibles.

Cuando la luz crecía y pudieran observando con los prismáticos, la exploración dejó todavía más intrigados a los terrestres. Aun con la ayuda de las lentes no se distinguía en las laderas ni en la cima de la montaña ningún objeto metálico de forma conocida.

- Iremos a echarle un vistazo con el helicóptero -dijo Harry-. Tal vez desde cerca veamos qué cosa denuncia nuestro “radar”.

El helicóptero fue sacado hasta la plataforma. Miguel Ángel, Harry y los profesores Stefansson y von Eicken ocuparon la pequeña cabina, después de haberse armado, por lo que pudiera ocurrir. El grotesco aparato se elevó zumbando y voló la distancia que le sepaaba (separaba) del picacho.

La altura de éste sería unos cien metros y vendría a tener una milla de largo por medio de ancho. Sus paredes estaban cortadas a pico hasta los ochenta metros. Luego había una serie de mesetas en forma de escalones hacia la cumbre, que formaba a su vez, una amplia meseta parecida a la cubierta de vuelo de un gigantesco portaviones que tuviera mil quinientos metros de largo por quinientos de ancho.

Sobre esta meseta había gran número de aves marinas, que alzaron el vuelo al acercarse el helicóptero. El aspecto del peñón no podía ser más fiero y ceñudo.

El helicóptero dio la vuelta completa a la montaña y volvió hasta el precipicio que daba frente al distante “Lanza”. No podía apreciarse, aun desde distancia tan corta, cosa alguna que pudiera haber encendido en las pantallas del “radar” el punto de luz.

- Sin embargo, lo que sea debe estar en esta parte… tal vez en una de esas mesetas y dando cara a nuestro aparato -dijo Ángel.

- Descenderemos y lo examinaremos de cerca -murmuró Harry.

El helicóptero se posó zumbando sobre la segunda meseta y el español cortó el encendido apenas las ruedas entraron en contacto con la roca. Echaron pie a tierra y miraron a su alrededor, esparciéndose en todas direcciones. El profesor Stefansson inspeccionó el frontis de la meseta. De pronto lanzó un grito:

- ¡Eh, venga aquí…, miren esto!

Miguel Ángel fue de los primeros en acudir. Miró lo que el sabio le señalaba. En la pared roqueña podía apreciarse un espacio de dos metros cuadrados completamente liso y pulido. Su color era ligeramente más oscuro que la roca que le enmarcaba. Escritos en grandes caracteres podía verse lo que parecía una leyenda.

- Son caracteres saissais -aseguró el profesor.

- ¿Podría descifrarlos? -preguntó von Eicken.

- Desde luego… espere…

Mister Stefansson sacó un librito de notas. Con la ayuda de él, pudo descifrar completamente la leyenda. Decía así:

“AQUÍ YACEN LOS RESTOS DE LA CIVILIZACIÓN SAISSAI”

CAPÍTULO VII

LA CIUDAD CONGELADA.

Miguel Ángel se acercó a la pared y la raspó con la punta de su navaja.

- Esto fue lo que captaron nuestras pantallas de “radar” -aseguró-. Lo que parece roca es, en realidad, metal.

- ¿Será la puerta? -murmuró Erich von Eicken-. ¿Qué misterio se ocultará tras ella?

- “Aquí yacen los restos de la civilización saissai” -murmuró, a su vez, el profesor Stefansson leyendo los caracteres grabados sobre el metal-. No lo comprendo. Si la civilización saissai fue la que nosotros conocimos, ¿quiere decir esto que los hombres grises la aniquilaron y entraron aquí las muestras de lo que acababan de destruir? Eso no parece lógico.

- Señores míos -dijo Harry Terney aspirando profundamente el aire por la nariz, son ustedes unos excelentes compañeros, pero lo serían mucho más si no tuvieran la manía de la discusión y la de perder tiempo formando teorías. ¿Qué hay detrás de esta puerta? ¡Echémosla abajo y lo sabremos!

- No será empresa fácil -advirtió Ángel-. Cierra tan herméticamente que apenas si se aprecian las junturas.

- En el “Lanza” tenemos taladros y una buena cantidad de trinitrotolueno -dijo Harry-. Puede que nos cueste, pero la abriremos.

Dejando a Ángel con los dos sabios en la meseta, Harry volvió al helicóptero, lo puso en marcha y voló rápidamente hasta el “Lanza”. Desde su observatorio, a ochenta metros sobre el nivel del mar, Ángel pudo ver perfectamente cómo el helicóptero se posaba sobre la plataforma del “Lanza”. Apenas lo hubo hecho, el propio “Lanza” se puso en movimiento acercándose al peñón.

Se detuvo a dos cables de distancia. El helicóptero volvió a elevarse, se cernió un momento sobre la meseta y luego se dejó caer con precisión matemática en el rellano. De la carlinga saltaron Harry, Richard y Thomas. Con ellos traían varias herramientas y una caja de madera donde podía leerse en grande letras “T.N.T.”.

Harry debió explicar a Thomas Dyer lo que se proponían hacer. El hombre se acercó cachazudamente a la puerta metálica y la estuvo observando un buen rato. Luego la golpeó con un martillo.

- No es más fuerte que la puerta de una cámara acorazada -dijo finalmente-. La abriremos.

Empezaron a trabajar. La puerta estaba montada sobre un marco metálico empotrado en la roca. Thomas Dyer optó por atacar al marco en su unión con la peña, considerándolo más débil que la puerta propiamente dicha. Sirviéndose de un taladro eléctrico que habían empalmado a la batería del avión, abrieron una serie de agujeros entre

la roca y el marco, los rellenaron con cartuchos de T.N.T. y los cubrieron con masilla.

El helicóptero llevó primero a Richard y a Thomas con el deflagrador hasta la cima de la montaña. Luego recogió a Ángel y a los dos sabios y se elevó. Desde la cabina podía verse a Thomas Dyer esperando una señal de Harry.

- ¡Adelante! -dijo Harry agitando una mano desde la carlinga del helicóptero.

Thomas Dyer empujó la manivela del deflagrador. Desde el helicóptero no fue posible ver la explosión, pero escucharon su detonación por encima del rugido del motor y vieron salir un mazo de rocas proyectadas hacia el cielo. Inmediatamente. Harry llevó al helicóptero hacia la meseta. Junto a la puerta había un humeante agujero negro.

Apenas las ruedas del helicóptero habían tocado la plataforma, saltaron y corrieron hacía la abertura. Miguel Ángel entró primero, alumbrándose con una lamparilla eléctrica.

Detrás de la puerta había un túnel excavado en la roca. Las paredes y el techo destilaban agua. Olía espantosamente a humedad y a moho, y la temperatura era francamente gélida, como la de un panteón. Tanto era así, que Ángel sintió castañear sus dientes. En la parte exterior, la temperatura era de unos 40 grados y nadie llevaba más ropa que los calzones y la camisa.

La luz de las lamparillas eléctricas dejó ver una segunda puerta cerrándoles el paso. Esta puerta no era de metal, sino de una materia parecida al plástico. Los cerrojos eran extraordinariamente sólidos y podían descorrerse, seguramente, desde las dos partes.

- ¡Que me maten si esto no es la puerta de una cámara frigorífica! -exclamó Richard Balmer, examinándola con su lamparilla.

El profesor Stefansson puso la mano sobre los cierres metálicos y observó que estaban extraordinariamente fríos. El material plástico, en cambio, parecía carecer de temperatura. Harry Terney, decidido e impaciente, como siempre, tiró de las palancas y descorrió los cerrojos.

- Ya está -anunció- Ayúdenme ahora a tirar.

La puerta tenía dos metros de altura por uno y medio de ancho. Tiraron a una de ella y apenas hubieron abierto un leve resquicio, se dejó sentir una corriente de aire a tan baja temperatura como si soplara directamente del Polo Norte de la Tierra.

- ¡Cierren! -gritó Harry-. ¡Cierren o nos helamos!

Empujaron con las espaldas, volviendo a cerrar la pesada puerta.

- Ya no cabe duda -dijo Harry-. Esto es una nevera. Seguramente los saissais conservan a sus muertos en cámaras frigoríficas.

Escaso aire salido por el resquicio de la puerta había enfriado de forma tal el túnel, que se vieron obligados a salir por el mismo conducto que habían entrado. Sobre la meseta roqueña, el calor les reanimó casi instantáneamente. Decidieron que no podían progresar en su expedición sin proveerse de trajes de abrigo. Harry voló con el helicóptero hasta el “Lanza” y regresó llevando los gruesos abrigos que utilizaran para viajar desde la Tierra a Venus, incluidos gorros de lana con orejeras y botas de fieltro.

Una vez equipados, más parecían exploradores del polo que exploradores de un planeta donde el calor alcanzaba, en ciertos puntos, los 60 grados de temperatura, y en ningún caso bajaba de los 30.

Volvieron a entrar en el túnel, y alcanzaron la puerta de material aislante. Descorrieron los cerrojos y tiraron con todas sus fuerzas hacia si. Una raya de luz azulosa salió por el primer resquicio y alumbró el túnel. Con la luz salió también un soplo de aire frío.

- ¡Luz!

- ¡Cuidado! -gritó Ángel echándose el fusil ametrallador a la cara-. ¡Puede haber alguien ahí dentro!

Todos se retiraron dando un salto atrás. La puerta quedó entonada, dejando escapar un rayo de brillante luz. Podían verse perfectamente los unos a los otros. Sus respiraciones precipitadas formaban nubes de blanco vapor ante sus bocas.

Esperaron un minuto.

- ¡Al diablo! -rezongó Richard Balmer-. ¿Cómo va a salir nadie si con el frío que debe de hacer ahí dentro no puede vivir ni un oso?

Avergonzados del susto anterior, se acercaron a la puerta y la acabaron de abrir totalmente. La puerta, en su cara interior, tenía unos discos para poderla cerrar desde dentro. Ante los asombrados ojos de los terrestres se ofreció un largo túnel de hielo. De trecho en trecho pendía un minúsculo globito azul que irradiaba abundante resplandor.

- Lo que decía yo -murmuró Harry-. Esto es una cámara frigorífica.

- Prosigamos -dijo von Eicken secamente.

Se lanzaron túnel adelante. A sus pies, sobre ellos y hacía cualquier lado, todo lo que les rodeaba era hielo. El hielo, bajo la luz color violeta, no llegaba a deslumbrarles. El tubo de hielo desembocó en una enorme gruta y allí se detuvieron admirados.

Estaban en lo que parecía una inmensa catedral. Una catedral con claustros y crucero, con bóveda de hielo, columnas de hielo, piso de hielo… todo levemente azulado por la extraña luz que brotaba de aquellos globos suspendidos del techo.

A lo largo de las paredes corrían gran número de tuberías que se cruzaban y entrecruzaban formando un caos indescriptible. Se escuchaba el suave palpitar de máquinas invisibles y aquel murmullo resultaba impresionante en mitad del total silencio que presidía largas filas de mesas sobre las que se veían, a través de las cúpulas de cristal que las cubrían, centenares de hombres acostados y quietos con la inmovilidad de la muerte.

- ¡Una tumba! -exclamó Harry en voz baja, como temerosa de romper aquella quietud de hielo.

El profesor Stefansson anduvo unos pasos y contempló a través del cristal al primero de los hombres que empezaba la larga fila de mesas. Las facciones de aquel hombre eran de un azul verdoso, con pómulos salientes, cabellos negros y ojos separados y oblicuos. Erich von Eicken se acercó también y contempló en silencio al hombre azul.

- No cabe duda -dijo mister Stefansson-. Estos hombres pertenecen a la misma raza que los pobladores de Saissahar.

- Mister Stefansson -dijo el sabio alemán, ¿qué piensa usted de todo esto?

- Pienso que no estamos ante una tumba, sino ante lo que podríamos titular… una ciudad congelada.

- Es lo primero que se me ha ocurrido a mí a la vista de esta maquinaria frigorífica.

- ¿Qué quieren insinuar ustedes? -preguntó Harry Terney-. ¿Acaso que esta gente no está muerta?

- Está y no lo está -sonrió mister Stefansson.

- ¿Es posible que uno esté muerto y, al mismo tiempo, no lo esté?

- Es posible. El profesor von Eicken y yo sospechamos que estos hombres sólo están congelados. Trabajos muy recientes allá en nuestro planeta Tierra han demostrado que las reacciones químicas en la vida de los vegetales empiezan a ser más lenta al bajar la temperatura. A 100 grados bajo cero son 83.500 veces más lentas que a los 20 grados. Al llegar al cero absoluto, o sea a 273 grados bajo cero, las reacciones químicas se suspenden, y vueltas a una temperatura normal, empiezan a vivir otra vez.

- ¡Pero eso se refiere a las plantas!

- En nuestro mundo se cree que es posible aplicar este tratamiento a la vida animal. Y si allá en la Tierra se busca la forma de conservar la vida por tiempo indefinido congelándola, ¿por qué no ha de ser posible que una raza de hombres mucho más adelantada en conocimientos científicos que la nuestra, lo haya conseguido?

- Muy bien; eso podemos probarlo parando las máquinas que fabrican esta atmósfera polar -dijo Harry.

- Desde luego. Sólo nos falta hallar el modo de pararlas.

Andaron a lo largo de las filas de mesas hacia el fondo de la enorme nave. Notaron que al hacerlo se hacía más poderoso el zumbido de la maquinaria. Efectivamente, a un lado de lo que en una catedral auténtica hubiera sido el altar mayor, encontraron una puertecilla que les condujo a una gran habitación. Allí estaba la maquinaria que mantenía en el cero absoluto la atmósfera del gran “sepulcro”.

Los dos sabios profesores empezaron a buscar por entre las máquinas, descubriendo con satisfacción que no diferían mucho de las más modernas instalaciones frigoríficas terrestres. Con los conocimientos científicos de ambos, con lógica y ayudados por las indicaciones escritas en los mandos con caracteres “saissais”, empezaron a mover palancas y a invertir mandos.

Inmediatamente se notó que descendía la temperatura.

- Creo que vamos a conseguir descongelar a esta gente -dijo el profesor Stefansson.

- He contado cuatrocientos “cadáveres” -anunció Ángel-. Si estos hombres despiertan de su sueñecito y se levantan, ¿qué vamos a hacer? ¿No se enfurecerán y nos darán un disgusto?

- He observado que cada campana de cristal tiene un cierre hermético. Asegúrense de que todos están pasados. De esta forma, aunque les despertemos, no podrán atacarnos.

La temperatura subía cada vez más deprisa. De las tuberías del techo y de las paredes de aquella inmensa gruta goteada el agua, formando charcos en el piso. Los terrestres empezaron a quitarse prendas de abrigo. Mientras los dos sabios vigilaban las máquinas, Harry, Ángel, Richard y Thomas paseaban arriba y abajo de las filas, a la espera de que los hombres encerrados bajo las campanas de cristal dieran señales de vida. Todos empuñaban sus armas dispuestos a no dejarse sorprender.

Ángel miraba y remiraba aquellos rostros rígidos con la esperanza de encontrar a alguno de sus viejos conocidos, pero aunque muchas caras le recordaban a otras conocidas, ninguna pertenecía a sus amigos azules. Entre los cuatrocientos “saissais” los había de las más diversas edades, pero ninguno parecía tener más de sesenta años ni menos de veinte. Había uno, el que parecía presidir aquella tétrica formación de muertos, más viejo que los demás.

Al cabo de dos horas de espera empezaron a observarse movimientos entre los cadáveres congelados. La tensión nerviosa de los terrestres subió a un punto máximo cuando Thomas Dyer llamó al profesor von Eicken junto a la campana que encerraba a uno de los “saissais”.

- ¡Aquí hay un tío que se mueve! -grito Thomas-. ¡Acaba de abrir los ojos y me está mirando…!

Se acercaron. Los ojos negros del “saissai”, aunque abiertos, parecían no tener vida. Hasta unos minutos después no comenzó a brillar en ellos el pensamiento.

- Ya mueve las manos… -señaló Thomas-. ¡Ahora los pies…! ¡Nos mira y mueve los labios!

- Vamos a sacarlo de su cárcel -dijo mister Stefansson.

Levantaron la campana de cristal y la depositaron en el suelo. Rodearon al hombre azul. Los ojos de éste estaban fijos en la cara simiesca de Thomas Dyer. Luego pasaron lentamente a la cara del profesor von Eicken y, finalmente, se clavaron en los oscuros de Miguel Ángel Aznar.

- ¿Mes ves? -le preguntó Ángel en lengua “saissai”-. ¿Puede verme? ¿Comprendes lo que te estoy diciendo?

Los ojos del “saissai” parecieron abrirse de asombro. Sus labios amoratados se movieron como si hiciera esfuerzos por hablar.

- Tome, déle un trago de whisky -dijo Harry tendiendo al español su cantimplora.

Al probar el ardiente líquido, el hombre de azul hizo una mueca, tosió y quiso incorporarse con los ojos llenos de lágrimas. Ángel le ayudó a sentarse sobre la mesa.

- ¿Qué tal? -le preguntó Ángel.

- ¿Quién eres tú? -pregunto el “saissai” con lengua estropajosa-. ¿Cómo hablas mi idioma?

- Somos vuestros amigos. Aprendí vuestra lengua luchando al lado del príncipe Lore de Lodoor contra los thorbod.

- ¿El príncipe Lore? ¿Los thorbod? -preguntó el saissai con asombro-. ¿De quién estás hablando? ¿Quiénes son los thorbod?

- Espere, mister Aznar -aconsejó el profesor Stefansson-. O mucho me equivoco o vamos a necesitar de tiempo para hacernos

comprender. Estos hombres duermen quizás un sueño de siglos.

- ¡De siglos!

En este momento empezó a dejarse oír un sordo rumor que creció rápidamente en intensidad. Todos los cuatrocientos hombres azules habían despertado de su letargo y golpeaban las campanas de cristal que les encerraban.

- Me parece que nos hemos metido en un buen fregado -refunfuñó Thomas Dyer-. Si estos tipos rompen el cristal ¡ay, de nosotros!

- No lo romperán -aseguró el profesor. Y en lengua “saissai” preguntó al hombre azul-: ¿Quién es vuestro tadd?

El joven saltó al suelo y echó a andar hacía el final de la fila de mesas seguido por los terrestres. Al pasar junto a las campanas, los hombres allí encerrados les lanzaban furiosas miradas. El joven se detuvo frente a la mesa donde yacía un hombre viejo, de cabellos grises.

- Este es Dore, tadd de Abasoa.

Dore les miraba con fijeza imperturbable. Ángel quitó el pasador de su campana y le saludó.

- Salud, Dore de Abasoa.

La gravedad con que el anciano saltó al suelo y miró a los terrestres de arriba abajo tenía algo de amenazador.

- ¿Quiénes sois vosotros que osáis interrumpir el sueño de esta ciudad? -preguntó con voz terrible.

- Somos hombres de otro mundo, Dore. Venimos de un planeta llamado Tierra.

- Sois tal vez los perturbadores de la paz de Cleobis -repuso el tadd-. Y si es así seréis aniquilados. Mirad a vuestro alrededor.

Al volver la cabeza los terrestres se encontraron cercados por medio centenar de silenciosas “saissais”.

CAPÍTULO VIII

El medio centenar de “saissais” acababa de salir por una puertecilla que había quedado al descubierto al licuarse el hielo que cubría las paredes. Todos ellos vestían un pantalón ceñido y una especie de pelliza adornada de primorosos bordados, calzaban botas altas de cuero y llevaban cruzándoles el pecho un correaje. En sus manos empuñaban pistolas eléctricas de modelo desconocido, pero de cuya mortal eficacia no cabía dudar.

- ¡Nada de movimientos hostiles! -murmuró el profesor en inglés advirtiendo el movimiento nervioso de Harry Terney.

Harry dejó caer el brazo que empuñaba el fusil ametrallador y miró con la frente fruncida a los hombres azule que, excepto un pequeño grupo, empezaron a liberar a sus compañeros encerrados en las cúpulas de cristal. Dore de Abasoa avanzó un paso hacia el profesor Stefansson y le tocó en el pecho con un dedo.

- ¿Quiénes sois vosotros? -preguntó-. ¿De dónde venís?

- De otro mundo llamado Tierra. Es el planeta más hermoso de cuantos giran alrededor del sol, y el tercero de los más próximos.

- ¿Llamáis vosotros Sol a Aumot?

- Si Aumot es el astro llameante, fuente de energía y calor alrededor del cual giran la Tierra y este planeta en que estamos, si, me refiero a Aumot.

- ¿Ese mundo que llamáis Tierra tiene un satélite llamado Abasoa?

- Tiene, en efecto, un satélite -afirmó el profesor admirado ante los conocimientos astronómicos de Dore-. Pero los terrestres no le llamamos Abasoa, sino Luna.

- ¡Luna! -exclamó el anciano abriendo los brazos y con las pupilas llenas de lágrimas-. ¡Vosotros, los hombres de Kedah, llamáis Luna a nuestro amado Abasoa!

Mister Stefansson cruzó una mirada de asombro con von Eicken.

- ¿Qué significa esto? -murmuró el sabio alemán-. ¿Será por caso la

Luna la patria de estos hombres?

- Así lo dan a entender cuanto menos.

Dore de Abasoa volvió a apuntar con su índice al profesor y exclamó:

- ¡Hablad, hombres de Kedah! ¿Desde cuándo habitáis en aquel mundo? ¿Cómo habéis llegado a Cleobis?

- Es difícil precisar la época en que la humanidad apareció en la Tierra -explicó el profesor-. Todo parece indicar que la historia del hombre es muy corta en relación con los largos siglos que transcurrieron desde la formación del Universo. Nuestra civilización se desarrolló en unos pocos miles de años y atraviesa actualmente una época de gran esplendor. Después de explorar hasta el último rincón de la Tierra la mirada de los terrestres se dirige a los mundos que pueblan el espacio…

- ¿Y habéis venido a colonizar Cleobis?

- Nada de eso. Hemos venido a Cleobis, al que nosotros llamamos Venus, para defendernos de los hombres que habitan este mundo.

- ¡Imposible! -exclamó el anciano-. ¡Los “saissais” están considerablemente atrasados con relación a la civilización que les creó y no pueden contar con medios suficientes para atacar a vuestro mundo!

- No son los hombres azules los que amenazan a la Tierra, sino los hombres de piel gris… o thorbod.

- ¡Hombres de piel gris! -exclamó el anciano dejando caer sobre los terrestres una mirada terrible-. ¡Mentís, hombres de Kedah! ¡No existe en este mundo ningún hombre de piel gris! ¡Vosotros habéis venido a esclavizar a la raza azul… y pagaréis caro vuestro atrevimiento! ¡Nadie podrá poner su planta en Cleobis mientras vele por su seguridad el Ejército Imperial de Abasoa!

Los hombres azules habían ido saltando de sus mesas y formando apretado círculo alrededor de los terrestres. Con las últimas palabras del que parecía su jefe estrecharon más el círculo avanzando amenazadores sobre nuestros amigos.

- ¡Un momento! -gritó el profesor Stefansson alzando una mano.

- Puedes ahorrarte el trabajo de decir mentiras, viejo -dijo Dore de Abasoa-. Vamos a llevaros al tormento y allí será fácil comprobar vuestras falsedades!

- Permíteme que hable antes, tadd de Abasoa -pidió el profesor-. Déjame que te cuente del principio al fin la historia que nos llevó a este mundo.

- Bien, habla -concedió el anciano-. Pero sé breve.

Mister Louis Frederick Stefansson empezó a narrar a los hombres azules todas las extrañas circunstancias que un día le condujeron hasta los hombres grises. Explicó con pelos y señales cómo arrebatados de la Tierra contra su voluntad fueron llevados prisioneros a Venus, y cómo una vez en Venus escaparon del poder de los thorbod uniéndose al movimiento liberador del príncipe Lore de Lodoor.

Era fácil advertir que cada vez que se nombraba a los hombres grises que actualmente dominaban a Venus se llenaban de duda y temor los ojos de cuantos hombres azules les rodeaban.

- Es fácil comprobar cuanto estás diciendo, hombre de Kedah -aseguró Dore-. Si es cierto que el hombre de piel gris y sangre fría domina en Cleobis lucharemos contra él. Antes de seguir más adelante vamos a ver hasta qué punto mentís. Seguidme.

Dore se abrió paso entre los “saissais” y nuestros amigos le siguieron profundamente intrigados. Dore entró por la puertecilla que antes utilizaran para salir los “saissais”.

A lo largo de un corredor pasaron por otra cámara donde se veían hasta un centenar de campanas de cristal. Esto explicaba la inesperada aparición de los hombres armados a espaldas de nuestros amigos. Al invertir los mandos de las máquinas, no sólo habían deshelado a los cuatrocientos “saissais” de la cueva grande, sino también a estos de la cámara pequeña.

Toda la montaña estaba perforada en distintas direcciones según pudieron apreciar los terrestres. Miguel Ángel había estado un año antes en la fortaleza thorbod de Pore. Pore era también un peñón alzado sobre el mar, pero las obras llevadas a cabo por los hombres grises en el seno de la montaña no podían compararse con las

realizadas por los hombres azules -saissais- en su ciudad congelada.

En cierta ocasión, el túnel que recorrían se transformó en terraza balcón, sobre una inmensa gruta. Allí pudieron ver a toda una imponente formación de aparatos aéreos de aerodinámico perfil y brillantes superficies que brillaban bajo la luz de poderosos focos.

- Estos aparatos no son como los de los hombres grises -comento Miguel Ángel.

- No -dijo el profesor Stefansson-. No, estos hombres azules no son aquellos ignorantes y atrasados que conocimos en Saissahar. Aunque por fuerza ha de existir un estrecho lazo de relación entre unos y otros, no cabe duda de que no son los mismos.

Dore llevó a nuestros amigos hasta una gran habitación de forma circular. El techo formaba bóveda y se parecía en cierto modo a la cúpula de un observatorio terrestre, aunque mucho mayor. En esta habitación habíanse dado cita los más extraños aparatos electrónicos y las más raras máquinas que vieran jamás los asombrados ojos de los terrestres. Ocupaba el centro lo que parecía un globo terráqueo, si bien el globo no era una representación de la Tierra, sino de Venus con todos sus mares, océanos, continentes, islas, ríos y montañas, en relieve y de color apropiado para que se distinguieran a simple vista las tierras de los mares y las selvas de los desiertos.

Al fondo podía verse una pantalla de cuatro metros por lado. Sólo se diferenciaba de la pantalla de un cinematógrafo en que ésta era negra en vez de blanca. Al pie de la pantalla había un largo banco lleno de instrumentos y a un lado un gran ventanal que iba a caer sobre otra gruta atestada de una especie de proyectiles cohete de forma semejante a la “V-2” alemanas de la Tierra.

Con Dore entraron en esta sala circular media docena de “saissais” a quienes los terrestres entregaron sus armas sin hacerse de rogar.

Dore, cuya dignidad en los movimientos y en la voz no tenía nada que envidiar a la del más respetable patriarca, se encaminó directamente hasta una cuadro de interruptores y movió unos cuantos. Instantáneamente saltó una chispa eléctrica y se dejó oír el poderoso zumbido de una corriente eléctrica. Entonces, Dore fue al banco de instrumentos y manipuló entre una caótica formación de botones y conmutadores.

La pantalla de dieciséis metros cuadrados se alumbró. En un principio las imágenes fueron borrosas. Luego pudieron ver con loable nitidez una panorámica completa de un hangar donde se alineaban otros aparatos aéreos de mayor tamaño.

- ¡Habla Dore! ¡Aquí Dore! ¡Llamada a Bulak y Lyov! Acudid al casco central…

Dore se volvió entonces hacía el profesor Stefansson, al que sin duda tomaba, por su aspecto venerable, por el jefe de los terráqueos.

- Vamos a enviar un proyectil autómata a Saissahar -dijo-. Si hay hombres grises los veremos.

- Sin duda -sonrió el profesor-. Incluso es casi seguro que os derribarán al proyectil.

Bulak y Lyov eran dos hombres azules de mediana edad y considerable corpulencia. Ambos ostentaban unas insignias doradas que, sin duda, equivalían a un alto rango en el Ejército Imperial de Abasoa. Si situaron ante la pantalla de televisión, pues de televisión se trataba, y empezaron a dar las órdenes oportunas para el despegue del proyectil “autómata”, que luego resultó ser ni más ni menos que un proyectil teledirigido.

Mientras se llevaban a cabo los preparativos, en la pantalla apareció una panorámica del mar que circundaba al peñón. Al parecer había una antena de televisión en la cima de la montaña, pues la vista resbaló sobre el horizonte y fue a enfocar al “Lanza”. Desde el “Lanza”, alguien hacía señales con una lámpara “Aldis” y preguntaba, utilizando el Morse: “¿Qué hacéis? ¿Por qué no contestáis?”

- ¿Es ese aparato el que habéis utilizado para volar desde Kedah a Cleobis? -preguntó Dore señalando al “Lanza”.

- Ciertamente -repuso el profesor-. Por cierto, que nuestros amigos están intranquilos por la suerte que hayamos podido correr.

- ¡El autómata está listo para salir, Dore! -anunció en este momento Lvov.

La pantalla, como si estuvieran proyectando sobre ella las secuencias de un noticiario, trasladó a los terrestres hasta una cueva. En ella pudieron ver a un cohete situado sobre una plataforma de

lanzamiento que asomaba por una gran abertura sobre el mar.

- ¡Adelante! -ordenó Dore.

Nuestros amigos vieron cómo salía por la culata del cohete un chorro de gases y cómo el proyectil zarpaba a una tremenda velocidad. En breves segundos el cohete desapareció de la vista. Entonces, los capitanes de Dore sintonizaron con la cámara de televisión situada a bordo del aparato, y sin moverse de aquella sala abovedada viajaron con el proyectil sobre el mar y luego sobre el dilatado continente verde. Bulak se situó junto al enorme globo que representaba a Venus, y según las indicaciones automáticas del fantástico proyectil teledirigido fue estableciendo la situación sobre la superficie del globo.

El proyectil, representado por una especie de botón brillante que se pegaba al globo, entró raudo en el continente de Saissahar, que ocupaba, tal y como había supuesto mister Stefansson, uno de los casquetes polares Venus.

- Ahora vamos a ver si es verdad lo que nos habéis contado -dijo Dore de Abasoa sin apartar los ojos de la pantalla.

En ésta se ofreció una gran panorámica de las tierras que sobrevolaba el cohete teledirigido. El aparato pasó sobre una gran ciudad “saissai” destruida.

- ¡Qué ciudad es esa, Bulak? -preguntó Dore con emoción en la voz.

- Es Yago, Dore…

De pronto apareció en la pantalla un puntito plateado que aumentó velozmente de tamaño.

- ¡Qué nave aérea es esa? -gritó Dore.

- Es un platillo volante thorbod, mister Dore -dijo Ángel con ironía-. Vea ahora lo que le ocurre a su “autómata”.

En efecto, al acortarse las distancias entre el proyectil teledirigido y el objeto plateado, este último resultó ser uno de aquellos platillos volantes, cuya aparición en los cielos de la Tierra tanta curiosidad había despertado. El platillo volante se dirigió como un meteoro contra el cohete, se acercó hasta muy corta distancia y, súbitamente,

la pantalla quedó a oscuras.

- Los indicadores han quedado mudos -informó Lvov-. Creo que han destruido a nuestro proyectil “autómata”.

- El platillo volante derribó a vuestro cohete con sus “rayos ígneos” -añadió Miguel Ángel con cierta satisfacción.

Dore de Abasoa había quedado mudo y pensativo. Al cabo de un buen rato de meditación levantó la cabeza y miró a los terrestres.

- ¿Quién me dice a mi que ese disco volante no es una de las armas que habéis traído para dominar a Cleobis? -preguntó.

- ¿Qué más quisiéramos nosotros, los terrestres, que poseer unos aparatos como esos? -preguntó Miguel Ángel-. Si no te basta la prueba que acabamos de darte puedes hacer otra cosa aún. Envía a una de tus naves aéreas a Saisahar y que vuelva con un saissai. Cualquier hombre azul corroborará nuestra historia. No somos los terrestres, sino los hombres grises quienes invadieron Venus hace doscientos años. ¿Cómo, si os habéis erigido en los guardianes de Venus, desconocéis noticia de tanta importancia?

- Expediré a una flotilla de nuestras naves a Saissahar -dijo Dore con voz sombría-. Tal vez estés diciendo la verdad, pues hace más de doscientos años desde que registramos los cielos de Saissahar sin encontrar rastro de nave aérea extraña.

- ¿Qué hace más de doscientos años que no habéis salido de aquí?

- Cierto. Sólo interrumpimos nuestro letargo una vez cada tres siglos para explorar a Claobis y volver a nuestro sueño de hielo hasta tres si los después.

- ¡Pero…! -exclamó Erich von Eicken asombrado-. ¿Cuánto tiempo lleváis en esta ciudad congelada?

- ¿Quién podría saberlo? -murmuró Dore encogiéndose de hombros-. El tiempo no significa nada. Cuando nos reclinamos voluntariamente en esta montaña, en la Tierra ni había aparecido el hombre ni era posible la vida. Abasoa, la Luna, acababa de morir en una espantosa guerra.

***

Los orígenes de los hombres azules se perdían en la remota lejanía de los siglos. Ellos habitaban ya en la Luna cuando todavía la Tierra estaba envuelta en los vapores que despedía, y tenía una civilización, cuando en la Tierra se verificaban los espantosos cataclismos que dieron lugar a su formación. La raza "saissai" u hombres de piel azul, constituían la única raza de la Luna.

La Luna, girando en su órbita alrededor de la Tierra (Kedah) era un hermoso planeta donde parecía haberse dado cita todas las gracias de la Creación. En sus largos días, el Sol le daba calor y vida. En las largas noches, la luz y el calor lo recibían de la Tierra. La vida en la Luna era paradisíaca. Los hombres que la poblaban no tenían más que tender la mano para coger los sabrosos frutos de los árboles o arañar la tierra para sacar otros jugosos manjares. La caza se daba abundante en sus bosques eternamente verdes. La pesca era abundante en sus mares de templadas aguas.

Pero el hombre, en su inquietud malsana, aprovechó los largos ocios queriendo leer en el cielo las causas de su existencia, y su civilización floreció magnífica y esplendorosa a medida que los triunfos científicos parecían acercarla al origen de su creación. Todos los maravillosos inventos que mucho más tarde habían de darse en Kedah se dieron en Abasoa gracias a la perseverancia y tenacidad de sus habitantes. Grandes buque navegaron sobre sus azules mares, poderosas máquinas acortaron las distancias matando el tiempo, y grandes aparatos se elevaron en el aire en victoriosa competencia con las aves…

Abasoa se hizo pequeña. La mirada de los grandes sabios estaba fija ansiosamente en los demás astros que, cual Abasoa, giraban alrededor del Sol, y un día glorioso las grandes aeronaves se alzaron del suelo de Abasoa para surcar el espacio y alcanzar a Kedah.

Kedah, tal y como habían supuesto, atravesaba por los espasmos propios de su juventud. Espantables monstruos de gran talla vivían en sus bosques, pero el hombre no podía habitar allí. Las astronaves regresaron a Abasoa triunfalmente y se empezó a soñar en un viaje más largo. Sulak (Marte), fue su obsesión por mucho tiempo. Las naves que sirvieron para alcanzar a Kedah no eran bastante poderosas para realizar un viaje tan largo hasta Sulak. Pero la ingeniosidad de los hombres venció una vez más las barreras levantadas por la naturaleza. Buscando un sistema de propulsión descubrieron lo que en la Tierra había de llamarse más tarde desintegración nuclear. Las

fuerzas vivas de la naturaleza estaban ya presas en los laboratorios de los sabios saissais. Con la desintegración del átomo acababa de descubrirse a la vez una fuente de energía y un arma terrible. El viaje a Sulak era ya posible, y era posible también desencadenar apocalípticos cataclismos allí donde la paz y la felicidad hallaron su acomodo durante tan largos siglos. La civilización saissai alcanzaba así el punto crucial de su existencia. ¿Qué iba a ocurrir de ahora en adelante?

Las grandes astronaves saissais volaron hasta Sulak. En Sulak habitaba una raza de hombres negros, cuya inteligencia podía equipararse a la de los hombres azules y los hombres negros. Todo fue bien por algún tiempo, pero no tardaron mucho en llegar las desavenencias. Las relaciones entre los dos planetas hiciéronse por días más tirantes, y finalmente estalló la guerra.

Fue aquella una guerra espantosa, mortal, ruinosa. Los hombres negros, que ya habían igualado en conocimientos científicos a los saissais, llevaron la guerra a Abasoa. Los saissais, a su vez, desencadenaron sobre Sulak un horrible cataclismo de fuego. En los dos planetas quedaron arrasadas todas las ciudades. Las ciudades, al sobrevenir la paz, tuvieron que erigirse en el seno de la tierra, donde pudieron considerarse a salvo de las terribles armas termonucleares que uno y otro bando esgrimía con furor suicida.

La guerra entre Abasoa y Sulak fue espantosa, y la paz que la siguió, una era de inquietudes con febriles preparativos para la otra guerra que no se hizo esperar. Nuevas armas salieron a la luz de unos días nublados de negros presagios. Los hombres negros, sin duda, habían llegado a ser con el tiempo más fuertes que los saissais.

- Un día -relató Dore de Abasoa-, me remonté en el espacio llevando conmigo una flota aérea considerable. Íbamos a bombardear Sulak con el ánimo de destruir las escasas ciudades y fábricas que quedaban sobre su superficie. Sabíamos que la guerra, tal y como habíamos llegado a hacerla, estaba alcanzando un punto muerto. Los pueblos y las industrias de ambos planetas estaban soterrados en el seno de la tierra. Nuestra lucha de hoy en adelante se reducía a encuentros en mitad del espacio, a luchas aéreas que ocasionarían tremendos gastos y ninguna victoria de los dos bandos. Quedaba, no obstante, un medio para aniquilarnos mutuamente. Una reacción en cadena podía originar la desintegración de las atmósferas de nuestros respectivos mundos, y con la atmósfera desaparecían también los mares, los bosques, cuanto hubiera sobre la faz de nuestros planetas… ¡todo!

- Supongo que esa posibilidad de aniquilar al adversario entraba en el ánimo de los dos bandos y que nadie se atrevería a mencionarla siquiera por temor a ser los aniquilados -objetó mister Stefansson.

- Así fue por algún tiempo. Finalmente, los hombres negros de Sulak se decidieron a utilizar ese medio de destrucción. Fue en aquel mismo día que partí de Abasoa con mi flota cuando ocurrió la catástrofe. Mientras nosotros volábamos hacía Sulak, una poderosa flota de naves enemigas llegó sobre Abasoa y… y soltó la bomba fatal. Aún desde la considerable distancia en que nos encontrábamos pudimos ver el halo de fuego que envolvió a Abasoa durante unos minutos.

- ¡Debió ser espantoso! -murmuró von Eicken.

- Nunca lo olvidaré -suspiró Dore con los ojos llenos de lágrimas-. Dimos la vuelta y regresamos. ¡Nuestro hermoso Abasoa había quedado convertido en un planeta muerto, desierto, frío, inhabitable…! Sólo quedaba un mundo muerto, acribillado de impactos atómicos con el suelo agrietado, deshecho… pulverizado…!

Dore se cubrió el rostro con las manos y sollozó en silencio. Los dos capitanes de su flota que estaban presentes, Bulak y Lvov, miraban ante si a un punto incierto del espacio con los ojos igualmente llenos de lágrimas. La media docena de guerreros “saissais” que montaban guardia junto a la puerta se volvieron de cara a la pared, actitud que entre los “saissais” denotaba dolor inconsolable.

- ¿Y no se salvó nadie? -preguntó Harry Terney.

- Nadie -suspiró Dore-. La reacción en cadena pasó por los conductos de renovación de aire de nuestras ciudades subterráneas y las hizo volar en pedazos. Los únicos supervivientes éramos los tripulantes de la Tercera Flota Aérea. Muchos de nuestros soldados y oficiales se suicidaron a la vista de aquella catástrofe que les dejaba de golpe sin familias, sin amigos y sin patria. Maltrechos de dolor nos alejamos de aquel mundo sin vida y pusimos rumbo a Venus.

- ¿Por qué a Venus precisamente?

- Ningún otro planeta próximo reunía por entonces condiciones de habitabilidad. Pensábamos colonizar otro mundo para nuestra raza. Venus estaba lejos de Marte y no demasiado para nuestras naves del

espacio. Las mujeres de Abasoa tenían el privilegio de poder luchar con los hombres como soldados y oficiales. No eran medios de perpetuar nuestra raza lo que nos faltaban. Sólo nos faltaba un nuevo mundo y éste fue Venus. En cuanto llegamos aquí se casaron las mujeres todavía solteras con nuestros soldados. Al cabo del tiempo habían nacido cerca de un centenar de niños…

- ¿Fueron aquellos niños los abuelos de los hombres azules que actualmente pueblan Saissahar? -interrogó el profesor von Eicken.

- Si. Llevamos a las mujeres y a los niños a uno de los polos de este mundo. Antes de separarnos, las mujeres se comprometieron a no hablar nunca a sus hijos de Abasoa ni de la civilización de sus padres. La nueva generación debería valerse de sus propios medios para vivir. Queríamos que empezaran de nuevo desde el mismo punto que nosotros habíamos partido muchos siglos antes.

- En otras palabras, querías que vuestra cultura retrocediera hasta sus orígenes y empezara de nuevo toda la complicada evolución que fatalmente desemboca en la supercivilización del hombre.

- Exactamente. Sólo les dejamos nuestra lengua y escritura, aun creo que les dejamos demasiado. Cuando nos aseguramos de que nuestros hijos fabricaban sus armas con pedernal y cocinaban sus comidas con toscos pucheros de barro, cuando les vimos vestidos de pieles y viviendo en cuevas como los trogloditas, entonces nos retiramos a esta montaña enclavada en el corazón de la zona tórrida, donde nuestros hijos no llegarían seguramente jamás, y construimos esta ciudad esta ciudad subterránea. Nos propusimos erigirnos en eternos guardianes de la paz e independencia de nuestra raza y escogimos el sistema de congelación para detener nuestra existencia mientras allá afuera la vida proseguía su ritmo naciendo, creciendo y muriendo.

- ¿Y nunca os mostrasteis a los saissais? -preguntó Harry.

- Nunca. Ellos ignoran nuestra existencia. Tenemos un dispositivo automático que nos descongela cada trescientos años. Tres días de cada tres siglos los dedicamos a repasar nuestras máquinas frigoríficas y a lanzar una mirada sobre Saissahar. Nuestros descendientes caminaban muy lentamente hacia la supercivilización que les creó y ello nos alegraba. Contábamos en que para que salieran de su primitiva ignorancia, se multiplicaran, se formaran primero en tribus y luego en naciones, pasaría muchísimo tiempo, y que luego

transcurrirían muchos siglos más hasta que empezaran a descubrir las máquinas que fueron causa de nuestra ruina…

- Pero algún día llegarán adonde llegaron los hombres de la Tierra y adonde llegasteis vosotros -insinuó Erich von Eicken.

- ¡Qué duda cabe! -suspiró Dore de Abasoa-. Pero mientras llegue esto serán felices y libres… ¡Ay de ellos en cuanto su curiosidad fatal les lleve a desembocar en la Era de descubrimientos! Entonces habrá soñado la hora de su exterminio…

- ¿Y ahora? ¿Qué pensáis hacer?

- Si es cierto que viven sojuzgados por otros hombres de otros mundos les liberaremos. Destruiremos todas las máquinas aportadas por el hombre gris y volveremos a sumir a nuestros descendientes en la ignorancia. Mientras las guerras se hacen con lanzas, con mazos y con flechas todavía son soportables. Pero cuando las guerras se mecanizan y toman parte en ellas todos los habitantes de una nación, entonces las guerras son una maldición con un final obligatorio: la destrucción y exterminio de todo lo que se puede destruir y exterminar.

Los terrestres asintieron en silencio. Dore de Abasoa se dirigió hacia el banco de instrumentos, se situó ante un micrófono y, después de hacer una llamada general a todos los rincones de la ciudad congelada, transmitió un mensaje. En él daba cuenta a sus soldados de lo ocurrido en Venus mientras ellos dormían y de su propósito de aniquilar al invasor. Aniquilarlo hasta no dejar un solo hombre gris ni una sola máquina, aniquilarlo de forma tal que no quedara átomo de ellos ni pedazo de sus armas diabólicas que más tarde pudieran utilizar los “saissais” o servirles de modelo para crear otras.

Los terrestres escucharon este mensaje en silencio. Erich von Eicken tenía la mirada de sus ojos azules fija en un punto.

- ¿En qué piensa, profesor? -le preguntó Harry Terney.

- Pienso en cuanto acaba de relatarnos este hombre. Y mientras él hablaba me ha parecido estar viendo el futuro de la Tierra. También los terrestres acabaremos así, mister Terney. Ya estamos lanzados por el camino que nos llevará a la autodestrucción y el exterminio de la humanidad… y no habrá nadie capaz de hacernos volver atrás en este camino trágico.

- Espero no ver nunca el fin del mundo como vio Dore de Abasoa el ocaso del suyo -murmuró Harry Terney.

- Así sea -suspiró como cerrando la conversación Miguel Ángel Aznar de Soto.

CAPÍTULO IX

PREPARATIVOS BÉLICOS

Miguel Ángel, Harry Terney y Thomas Dyer regresaron al “Lanza” con el helicóptero y dieron cuenta a Bárbara, a Elsa y a los Ley padre e hijo, de su sorprendente hallazgo de la ciudad congelada. Bill resistíase a creer en aquella historia.

- No te preocupes, Bill -le dijo Harry-. Pronto podrás ver todo eso por tus propios ojos. El “Lanza” no puede refugiarse en la montaña, pero vamos a llevarlo a la costa y a ocultarlo allí. Nosotros regresaremos a la ciudad congelada con el helicóptero y tomaremos parte como observadores en la guerra que va a comenzar entre los hombres grises de los platillos volantes y los hombres azules.

- ¿Va haber guerra, Harry?

- ¡Ya lo creo, muchacho! Y una guerra como en la Tierra ni siquiera se ha soñado todavía.

El “Lanza” se puso en movimiento y arrastrándose sobre el mar llegó en breve a la costa, donde buscaron y hallaron una profunda caleta capaz de albergar con regular éxito al aparato. Dejándolo allí, bien oculto por los gigantescos árboles que entrecruzaban sus copas sobre la caleta y con las puertas herméticamente cerradas, nuestros amigos se trasladaron en dos viajes a la ciudad congelada, donde Bill Ley tuvo ocasión de admirar por sus propios ojos todo el fantástico aparato bélico de los selenitas u hombres de la Luna.

En la ciudad congelada los selenitas habían estado trabajando afanosamente y ya estaban preparados para entrar en acción a la primera orden de su caudillo Dore de Abasoa.

Dore, enterado de que Miguel Ángel Aznar había ostentado el título de almirante entre los “saissais” (Vease “El planeta misterioso” publicada en esta Colección.), consultó al joven español acerca de la

forma de combatir de los hombres grises, la calidad de sus armas y su distribución estratégica en Saissahar. El informe de Miguel Ángel fue conciso.

- Los hombres grises constituyen un pequeño núcleo dentro de cada población de Saissahar. A estos pequeños núcleos no será posible destruirlos sin destrozar al mismo tiempo a los saissais. Los thorbord tienen además una serie de bases cubriendo como una tela de araña el continente. Estas bases suelen estar enclavadas, a igual que la vuestra, en el seno de grandes montañas inconmovibles bajo un centenar de bombas atómicas. Para echarles de las ciudades y de sus bases no hay más que un sistema. Entrar en esas bases y en esas ciudades y cazarlos uno a uno como conejos.

- ¿De qué especie son sus armas? -preguntó Dore.

- Utilizan presentemente platillos volantes. Los platillos volantes son los mejores aparatos que he conocido. Ligeros, fuertes, maniobreros y muy veloces. Van armados de cañones que disparan proyectiles atómicos y de un proyector de “rayos ígneos”. Estos rayos se proyectan con la velocidad de la luz y abrasan cuanto tocan en unos segundos.

- También nosotros tenemos esos rayos. ¿Qué más?

- Disponen también de bombarderos cohete. Estos bombarderos son parecidos al aparato que nos ha traído a nosotros desde la Tierra. Van armados de varios proyectores de “rayos ígneos” y llevan una considerable carga de bombas atómicas. Por último tienen sus grandes aeronaves del espacio, capaces de albergar media docena de platillos volantes y dos mil hombres armados de pistolas eléctricas y fusiles atómicos. Conocen también el uso de los proyectiles atómicos dirigidos por radio y su dispositivo de “radar” es perfecto.

- ¿Sus naves sólo sirven para volar?

- ¡Naturalmente! ¿Para qué más podían servir?

- Las nuestras vuelan por el aire y navegan sobre las aguas o bajo las aguas.

- Eso tal vez constituya una considerable ventaja. Vuestras naves pueden acercarse hasta las bases thorbod bajo las aguas, surgir de repente y atacar antes de que se organice la defensa del enemigo.

- Destruiremos primero a la flota aérea thorbod. Sus platillos volantes no pueden ser mejores que nuestras “zapatillas voladoras” -murmuró Dore de Abasoa-, y mis pilotos son insuperables.

- Puede que respecto a eso os llevéis alguna desagradable sorpresa -apuntó el profesor Stefansson- la constitución fisiológica de los pilotos thorbod les permite alcanzar velocidades tremendas y efectuar toda clase de ascensos y picados.

- Ya lo veremos. ¿Seríais capaces de indicar sobre un mapa la situación exacta de todas las bases thorbod?

Miguel Ángel marcó en el mapa de Saissahar la situación de todas las bases thorbod que recordaba. Luego que él hubo terminado, la prodigiosa memoria del profesor Stefansson situó unas cuantas más.

- De todos modos -añadió Miguel Ángel-, deben de haber entre los “saissais” hombres que conozcan más cosas sobre los thorbod.

- Ya los mandé a buscar -dijo Dore arrugando la frente.

En efecto, poco después regresó una de aquellas “zapatillas volantes” a que aludía Dore con media docena de asombrados “saissais”. La “zapatillas volantes” era un aparato aéreo de características inconfundibles. Ciertamente, se parecía a una zapatilla. Su parte inferior era plana y la cabina alargada, llevando en el “talón” los motores de propulsión atómica.

Los hombres azules que los selenitas habían capturado en una aldea “saissai” dieron cuenta de lo ocurrido a los ejércitos de los Estados Unidos de Saissahar. Después de la partida de los terrestres hacia la Tierra, el naciente ejército fue de descalabro. Las flotillas aéreas de los “thorbod”, infinitamente superiores a la escasa fuerza de los “saissais”, habían vencido a los rebeldes puesto sitio a la base de Pore, que finalmente sucumbió. Los hombres grises no habían escatimado aparatos, hombres ni esfuerzos para aplastar a los rebeldes.

- Esperaba que ocurriera eso -dijo Miguel Ángel Aznar-. Ni en fuerza ni en calidad podían compararse los saissais a los thorbod. Los hombres grises eran superiores en fuerzas a los rebeldes, y aun con fuerzas igualadas les habrían derrotado. Los pilotos saissais no estaban preparados para una lucha tan desigual.

- ¿Quieres decir que también nosotros seremos derrotados? -interrogó el capitán Lvov con cierta altanería.

- Si os empeñáis en pelear contra los thorbod cara a cara sí, seréis derrotados.

- El Ejército Imperial de Abasoa sólo sabe pelear cara a cara.

- Pues tanto peor.

- ¿Cómo atacarías tú a los hombres grises? -preguntó Dore haciendo seña a Lvov para que callara.

- Utilizaría en primer lugar la ventaja inicial de la sorpresa. Los hombres grises ignoran la existencia de un enemigo armado. Yo llevaría a un fuerte contingente de hombres hasta cada base thorbod y los haría penetrar en sus ciudades subterráneas para colocar una bomba atómica en su seno, salir corriendo y hacerla estallar volando la montaña entera. Los hombres podrían desembarcarse en las costas utilizando vuestras naves submarinas, pues por el aire serían descubiertos antes de llegar.

- ¿Dónde aprendiste a guerrear? -preguntó Dore admirado.

- Nadie me enseñó. En parte lo vi hacer a los ejércitos de la Tierra, en parte es… inspiración particular -sonrió Ángel.

- ¿Crees que tu plan daría buenos resultados?

- Estoy seguro. Ya lo probamos una vez para tomar la base thorbod de Pore y dio excelentes resultados. Pore cayó en nuestras manos, y si la envidia de los tadd me hubiera permitido seguir en el mando de sus ejércitos, tal vez hubiéramos tomado muchas más por el mismo sistema. Este sistema es viejo allá en nuestro mundo, pero parece que en éste es desconocido, o está olvidado al menos.

Dore de Abasoa se puso en pie y paseó arriba y abajo del “Casco Primero” acariciándose la barbilla en actitud pensativa. Finalmente se detuvo ante Miguel Ángel y le sonrió.

- Creo que vamos a hacer lo que tú dices, hombre de Kedah. Nuestras naves pueden transportar a la tropa hasta las playas de Saissahar. Una vez allí alcanzarían las bases volando rápidamente a ras del suelo y…

- ¡Volando! -exclamó Ángel-. ¿Qué quieres decir?

- Volando con los “baks”. El “bak” es un pequeño motor que cada hombre lleva sujeto a la espalda a modo de mochila. Con el “bak” se puede volar una distancia respetable y alcanzar grandes alturas.

- Comprendido. Se trata de un sistema de propulsión individual.

- Si -afirmó Dore-. Con los “baks” nuestras tropas podrían alcanzar cualquier puerta abierta en esas montañas, incluso a gran altura, y penetrando en las bases colocar las bombas y escapar a toda prisa.

- ¡Estupendo! -exclamó Ángel-. Así me atrevo a apostar las dos orejas a que pillamos a los hombres grises totalmente desprevenidos. Una vez demolidas sus bases con todos los aparatos aéreos y armas que haya dentro, combatiríamos al enemigo en el aire, en el mar, en el suelo…, ¡donde quiera que estuviera!

- Des luego -arguyó mister Stefansson-. Habría de ser una campaña relámpago con un ataque en todos sentidos y todo lo violento que se pueda.

- Así será -aseguró Dore de Abasoa con su habitual dignidad-. Barreremos a los thorbod de la faz de Cleobis como barre un vendaval las hojas secas de un jardín. Vosotros lo veréis y advertiréis a los terrestres de lo peligroso que sería intentar la conquista de Cleobis.

- ¡Nada más lejos de la imaginación de los terrestres que conquistar a Venus! -protestó el profesor Stefansson.

- No tardarán en pensarlo -aseguró Dore de Abasoa-. Convendrá que sepan que jamás permitiremos en Cleobis la presencia de los extranjeros… vengan en son de paz o de guerra.

CAPÍTULO X

LA FUGA

Las naves del espacio que un día remoto llegaron a Venus después de la destrucción de la Luna, eran diez. Diez enormes aparatos grandes como acorazados, tripulados por un centenar de selenitas cada uno, formando los restos de una civilización que al alcanzar su máximo esplendor había sucumbido como una flor después de abrirse con

todos sus colores y perfumes.

De aquel millar de selenitas sólo quedaban en la actualidad unos novecientos más que menos. Estos hombres eran los que ahora, después de largos siglos de profundo sueño con todas las actividades de su vida paralizadas, iban a empuñar nuevamente las armas para defender a su raza de una nueva agresión extranjera.

Las principales bases de los thorbod eran ocho en Saissahar. Contra estas ocho fortalezas iba a desarrollarse el plan de ataque elaborado por Miguel Ángel Aznar. Se contaba con que una vez destruidas por sorpresa estas bases con todos los efectivos que albergaban, la fuerza bélica de los thorbod y aún los mismos thorbod habrían quedado considerablemente mermados. Del resto bien podrían ocuparse las aeronaves selenitas tripuladas por una raza de hombres azules que parecía condenada por el destino a luchar por su hegemonía eternamente. Lo que sucediera después de vencer a los thorbod, contando con que se les venciera, preocupaba hondamente al profesor Stefansson.

- Aunque los selenitas ganen esta guerra nosotros la habremos perdido de todos modos -decía-. No es probable que Dore ni sus capitanes nos dejen volver a la Tierra para que contemos allá todo lo que en Venus hemos presenciado. Después que hayan acabado con el peligro gris, arremeterán contra el peligro blanco. El peligro blanco somos nosotros, enemigos potenciales de Venus, seres ambiciosos como lo fueron ellos en otros tiempos, que no nos contentamos con reinar sobre nuestro mundo de origen, sino que llevamos nuestra sed de curiosidad hasta los otros mundos del cosmos.

- ¿Cree usted que luego que hayan acabado con los hombres grises los selenitas atacarán a la Tierra? -interrogó Bárbara ansiosamente.

- No creo que lleguen a tanto. De lo que sí estoy plenamente convencido es que no nos permitirán volver a nuestro mundo. Cometimos un error al contarles la verdad de nuestro caso Si les hubiéramos dicho que allá en la Tierra se conocía nuestro viaje a Venus y que pronto llegarían a este mundo otros aparatos como el nuestro, tal vez quisieran entrar en negociaciones de paz y respetarán nuestras vidas… aunque lo dudo. De todas formas nuestra causa está perdida. Las esperanzas de que estos hombres amargados quisieran entablar relaciones con los terrestres son muy remotas. Después de lo que les ocurrió con los marcianos jamás volverán a confiar en nadie, y mucho menos en nosotros.

- ¿Cree que nos matarán, mister Stefansson? -preguntó Else von Eicken con sus dulces pupilas azules llenas de pánico.

- ¡Quién sabe! -gruñó el profesor encogiéndose de hombros-. O nos matarán o nos obligarán a acostarnos dentro de una de sus campanas de cristal para que durmamos con ellos un sueñecito de varios siglos. A mí, particularmente, la última perspectiva no me desagrada del todo. Me gustaría poderme dormir y despertar dos mil años más tarde. ¿Quién puede predecir las asombrosas cosas que en la Tierra habrán ocurrido durante nuestro letargo? ¿No les gustaría asomarse al futuro de la Tierra jóvenes y sanos como son ahora?

- A mí, no -aseguró Ángel rotundamente-. Lo que yo quiero es volver a mi garaje de Trenton y tener hijos, vivir en paz, envejecer, ver mi descendencia y morir.

- A mí tampoco -añadió Thomas Dyer con su profunda voz de bajo-. Yo, como mister Aznar, lo que quiero es volver a mi patria. Además, arrastro desde la niñez una bronquitis crónica y ese sueñecito a doscientos sesenta y tres grados bajo cero me sería fatal.

- ¡Su bronquitis! -exclamó mister Stefansson. Y todos se echaron a reír con estrepitosas carcajadas.

- ¡Hay que desengañarse! -refunfuñó el profesor-. En ninguno de ustedes hay madera de científico.

- Ángel -murmuró Bárbara asiéndose del brazo de su marido-. ¿Cómo puedes reírte después de lo que acaba de decir mister Stefansson? ¡Yo no quiero morir en este mundo extraño ni dormir congelada! ¡Lo que yo quiero es regresar a nuestra Tierra!

- Y nosotros también, querida -sonrió Ángel dando golpecitos cariñosos en las mejillas de su hermosa mujer-. No te preocupes. De una forma u otra saldremos de este embrollo y regresaremos a nuestro mundo, ya lo veras.

La fe de Bárbara en su joven marido era ilimitada. Entre los terrestres, Miguel Ángel había alcanzado también una consideración de importancia. Respecto a los selenitas, Dore de Abasoa y sus comandantes no olvidaban de someter a su aprobación ningún plan guerrero. No cabía duda de que Dore y los capitanes apreciaban al español a su modo, y esto hizo asegurar a Harry Terney.

- Espero que al final de esta aventura el buen juicio de Dore le impulse a dejarnos en libertad de volver a la Tierra.

- Si Dore tiene juicio y sentido común no nos permitirá hacerlo -opuso mister Stefansson-. Tanta amenaza como son los selenitas para la Tierra somos nosotros para Venus.

- No discutamos -intercedió Ángel-. Los acontecimientos hablarán.

Y efectivamente, los acontecimientos, que tenían la última palabra, hablaron sin hacerse esperar. Dos días después de que los terrestres interrumpieran el sueño de la ciudad congelada sembrando la cólera y el desconcierto, ocho de las aeronaves selenitas zarparon de la ciudad congelada llevando cada una un centenar de hombres azules dispuestos a aniquilar a su nuevo adversario. Estas enormes aeronaves ocupaban en su base un extenso lago interior y subterránea que se comunicaba con el mar por un túnel submarino.

Esta era la razón por la que los terrestres no advirtieron nada sospechoso en la montaña al explorarla de cerca con el helicóptero. Las aeronaves entraban y salían de la ciudad a un nivel más bajo que el mar. Aparte de ésta había cuatro aberturas más en las paredes rocosas de la montaña, pero todas tan perfectamente camufladas que era imposible distinguirlas a más de dos metros. Las puertas que cerraban eran de roca.

Los selenitas habían cortado la roca como si fuera madera. En lo más alto de la montaña, en aquella extensa plataforma, parecida a la cubierta de vuelos de un gigantesco portaviones, una extensión de peña de ochenta metros cuadrados que aparentemente formaba cuerpo con el resto de la montaña era en realidad la plataforma de un colosal y poderoso montacargas. Aquellos ochenta metros cuadrados se hundían como por arte de magia en la montaña y en su lugar quedaba un profundo agujero. Poco después volvía a reaparecer la parte de suelo que faltaba a la meseta, y sobre él había una rampa de lanzamiento de cohetes teledirigidos o una escuadrilla de aquellas veloces y pintorescas “zapatillas volantes”.

En la expedición de las aeronaves selenitas no tomaba parte ninguno de nuestros amigos. Tampoco habían sido invitados a visitar con detalle la misteriosa ciudad congelada ni mucho menos a examinar ninguno de los aparatos aéreos selenitas. La desconfianza de Dore y sus comandantes era patente. Tal vez temían que algún día los

terrestres pudieran reproducir sus maravillosos aparatos.

- Es difícil saberlo -murmuraba Miguel Ángel-. Si no nos enseñan sus aparatos por dentro ni nos hablan nunca de sus motores atómicos es porque temen que los copiemos. Sin embargo, para copiarlos tendrían que permitirnos regresar a la Tierra… y cada vez estoy más convencido de que no hay nada más lejos de las intenciones de Dore que permitirnos volver a nuestro mundo.

A nuestros amigos habíales asignado como vivienda una cueva dividida en compartimientos. En esta cueva no había ningún lujo, pero tampoco faltaba ninguna de las comodidades elementales. Esta circunstancia les daba abundantes oportunidades de estar juntos y de comentar entre si el desarrollo de los acontecimientos. Hablaban, naturalmente, en inglés y esto parecía disgustar a Dore y a sus comandantes.

Dore, aunque reservado en cuanto a la ciencia de su propia raza, hacía numerosas preguntas a nuestros amigos acerca del estado de la cultura y el desarrollo de la civilización en la Tierra. La misma tarde del día en que partieron las aeronaves para su expedición contra los thorbod, Miguel Ángel acompañó a Dore hasta donde habían guardado el helicóptero y lo mostró detenidamente al selenita explicándole sus principios fundamentales y la forma de gobernarlo.

- Mañana me lo demostrarás prácticamente -dijo Dore-. Y me enseñaras también la astronave que os trajo aquí.

Aquella noche la pasaron nuestros amigos en el “Casco Primero”, junto a los receptores de radio. La longitud de onda de los aparatos de radio selenitas era diferente a la de los thorbod. No existía pues peligro de que los selenitas, pero a Dore le interesaba sobremanera escuchar lo que hablaban los hombres grises. Richard Balmer, que era un mago en cuestiones electrónicas, dotó a los receptores selenitas de la onda ultracorta. En cuanto empezaron a oírse por los altavoces los mensajes de los thorpod se requirió la presencia de Ángel, del profesor Stefansson, de George Paiton y de Richard Balmer para que los descifraran, ya que los selenitas desconocían como es natural, el idioma de los hombres grises.

Mientras las aeronaves navegaban bajo las aguas rumbo a Saissahar, los aparatos de radio permanecieron mudos. A la hora prevista se dejó oír la primera llamada. La aeronave del comandante Bulak había llegado a su punto de espera. Salió un minuto a la

superficie del mar, radió situación y hora y volvió a sumergirse para esperar la hora en que las otras aeronaves habrían llegado a las bases más lejanas de Saissahar. Luego, escalonadamente, fueron llegando los avisos de las restantes aeronaves. Cuando la última estuvo situada en las cercanías de la base thorbod que iba a asaltar se dio la voz de ataque.

Aunque nuestros amigos no pudieron ver el asalto tuvieron oportunidad de escuchar todo un relato radiofónico de la acción. De cada nave que acababa de asomar a flor de agua salieron, como proyectados por una catapulta, ochenta selenitas armados de pistolas ametralladoras atómicas que volaron rozando la cresta de las olas, hacía la base enemiga. Con ellos llevaban también media docena de bombas atómicas.

Apenas hubo salido el último hombre, las aeronaves volvieron a sumergirse dejando asomar únicamente su antena de radio. Cada escuadra de selenitas llevaba consigo una emisora consigo una emisora de radio portable con la que se comunicaban con el comandante, situado en la aeronave. Las aeronaves, a su vez, estaban en comunicación continua con la poderosa emisora receptora de la ciudad congelada.

Las tropas salvaron el trozo de mar que las separaba de tierra y rodearon las bases buscando una entrada. Estas no fueron difíciles de hallar, pues en las cimas, inaccesibles para quienes no fueran provistos de “baks” como los selenitas, estaban las casamatas de la artillería y los proyectores de “rayos ígneos”. Por aquí penetraron las fuerzas de asalto entablando durísimo combate contra los thorbod. Tal y como había sucedido un año antes con la base de Pore (Véase “El planeta misterioso” donde se relata esta acción.), los hombres grises fueron pillados completamente por sorpresa. Antes de que llegaran a comprender lo que ocurría, los selenitas se batían en retirada después de haber dejado sus bombas atómicas en las entrañas de las montañas. En cuanto el último selenita estuvo fuera se dieron cinco minutos a la fuerzas para regresar a sus aeronaves base.

No todos regresaron, como es natural. Muchos habían quedado muertos en los túneles de las bases thorbod. Se dio la orden de hacer saltar las bombas y éstas estallaron por radio haciendo añicos siete bases thorbod.

En la octava había fracasado el ataque, pero aún así el Estado Mayor selenita se dio por satisfecho. Amanecía cuando las aeronaves

se alejaron unas millas de Saissahar, pero no regresaron a sus bases. De cada aeronave se elevaron doce “zapatillas volantes” que volaron sobre Saissahar entablando combate aéreo con los platillos volantes de los hombres grises que habían logrado escapar de sus bases destruidas o se habían elevado de otras fortalezas menores.

Simultáneamente con este ataque a cara descubierta salieron aullando de la cima de la ciudad congelada medio centenar de proyectiles teledirigidos que una vez en el aire, a trescientas millas de altura, tomaron distintas direcciones.

Des del “Casco Primero”, aquella habitación abovedada que en plena actividad era como el cerebro de una tremenda organización bélica visto por dentro, nuestros amigos pudieron seguir gracias a la pantalla de televisión, el curso de diez de estos proyectiles cohete supeditados a la voluntad del “Casco Primero”.

Los Terrestres, cuya voluntad de cooperar con los selenitas era sincera, habían informado a Dore de la probable presencia de algunas astronaves thorbod más allá de la estratosfera de Venus.

Los diez cohetes volaron como una bandada de delfines a una velocidad tremenda y llegaron a Saissahar en pocos minutos. Entonces era ya completamente de día. Como si tripularan personalmente el más rezagado de los cohetes, nuestros amigos tenían una visión completa de los otros nueve proyectiles que volaban en formación de cuña ante el que llevaba el aparato de televisión. Este cohete era el “cohete guía”, como si dijéramos el que ordenaba a los otros nueve lo que debían de hacer y el rumbo que debían de tomar.

En el cielo de Venus apareció un punto brillante bajo los rayos del sol, que a estas alturas lucía esplendoroso. La pantalla de televisión era como una ventana abierta en la proa del “cohete guía”. Mucho antes de que se “acercaran” al punto plateado, Ángel lo identificó como una astronave de las que los hombres grises utilizaban para sus viajes a la Tierra.

La astronave, a su vez, descubrió a los cohetes y empezó a disparar sus terribles “rayos ígneos”. El cohete que marchaba en cabeza estalló desintegrándose en el espacio como por arte de magia. Otro, que ocupaba el extremo del ala derecha sucumbió de la misma forma, y un tercero siguió la misma suerte poco antes de llegar sobre el enemigo. A no ser la tremenda velocidad de los cohetes, que no dieron tiempo a los defensores de la astronave para enfocar sus proyectores de “rayos

ígneos” sobre todos los proyectiles selenitas, ninguno de éstos hubiera llegado hasta el aparato thorbod. Pero en unos breves segundos los cohetes estuvieron encima de la astronave.

El comandante Lvov maniobró entonces en los mandos electrónicos de una forma que tenía algo de magia. La línea de vanguardia de proyectiles cohetes se apartó a un lado y otro dejando enfrentados al cohete guía y a la astronave thorbod.

- ¡Cuidado! -gritó George Paiton arrojándose al suelo, creyendo que realmente estaba a bordo del cohete guía.

La pantalla quedó a oscuras. Con un movimiento de reóstato, Lvov trasladó la acción a otro proyectil, quien les ofreció una vista de la emocionante colisión entre el cohete que hasta ahora había sido el guía y la astronave. El cohete embistió como una flecha y el aparato thorbod estalló en mil pedazos con una deslumbrante llamarada.

Atrás quedó la astronave reducida a pedazos. La bandada de cohetes prosiguió su vuelo en formación de cuña. Desde una distancia de dos mil millas, Lvov, el hombre azul, siguió llevando a los cohetes como guiados por un hilo invisible. Era como si jurará con un ferrocarril eléctrico, pero mucho más emocionante.

Siguiendo la voluntad del comandante selenita, los seis cohetes picaron hacia Venus, atravesaron la barrera de nubes y volaron hacia Lodoor, importante ciudad saissai donde había una fortaleza enemiga.

Mientras los cohetes volaban sobre Saissahar pudieron ver a una escuadrilla de “zapatillas voladores” peleando con furia contra una formación de platillos volantes. De pronto entró en batalla un bombardero cohete thorbod. El proyectil teledirigido de Lvov se lanzó como una centella contra el bombardero enemigo. Este hizo varias piruetas para eludir el choque, pero no lo consiguió. El diabólico artefacto que Lvov manejaba desde más de dos mil millas de distancia le alcanzó y se produjo la colisión. La pantalla volvió a quedar a oscuras.

- ¡Demonios! -exclamó Richard Balmer-. ¡Esto es algo mágico!

El comandante Lvov manejó la caótica formación de botones y palancas y la pantalla volvió a iluminarse. Ahora el cohete guía era otro. Lvov llevó a sus cinco proyectiles restantes a gran velocidad sobre Lodoor. En el horizonte apareció la fortaleza de hierro y

cemento de los thorbod. Empezaron a defenderse con sus “rayos ígneos”. Un cohete fue derribado instantáneamente. Otro debió de alcanzar el proyectil guía, pues la pantalla volvió a quedar a oscuras. Lvov lanzó una maldición y volvió a encender la pantalla. Sólo quedaban dos proyectiles teledirigidos. Siguiendo la voluntad de Lvov empezaron a zigzaguear eludiendo la abrasadora caricia de los “rayos ígneos” thorbod. Dos segundos más tarde, sin que los defensores de la fortaleza pudieran evitarlo, los dos proyectiles teledirigidos caían sobre la maciza torre de cemento y la pantalla quedaba a oscuras. La función había terminado.

***

A todo lo largo y lo ancho de Saissahar la batalla continuaba feroz y enconada entre los hombres grises y los hombres azules. Dore quiso ir aquella misma tarde a examinar el “Lanza”, y Miguel Ángel se ofreció a llevarlo en el helicóptero. Dore de Abasoa quiso que les acompañaran también los sabios profesores mister Louis Frederick Stefansson y Erich von Eicken.

El colosal montacargas dejó al helicóptero en la cima de la montaña y desde allí emprendió el vuelo hasta la profunda caleta donde estaba oculto el hermoso aparato terrestre. El helicóptero se posó en un retazo de playa, lo dejaron allí y entraron en el “Lanza”.

Erich von Eicken, como inventor del aparato, explicaba a Dore su funcionamiento. Detrás iban Ángel y el profesor Stefansson hablando en inglés para que el selenita no pudiera entenderles.

- Esta sería una buena ocasión para apresar a Dore como rehén y amenazarle con la muerte si no nos permitía elevarnos con el “Lanza” y volver a la Tierra -murmuró Ángel.

- No creo que con apresar a Dore mejorara nuestra situación.

- ¿Por qué? Este viejo no dejará de tenerle apego a la vida.

- Tal vez no le importe morir. Es más, estoy seguro de que Dore preferiría mil veces la muerte a dejarnos escapar con vida. Si en este momento le pusiéramos la mano en el hombro y le dictáramos nuestras condiciones se echaría a reír.

- Sí, es muy posible -murmuró el español pensativamente.

Prosiguieron la inspección por el “Lanza”. Dore escuchaba atentamente las explicaciones de von Eicken y sus pupilas brillaban.

- Seguramente está pensando que con otros aparatos como estos la conquista de Venus por los terrestres no se haría esperar -murmuró Ángel-. ¡Qué mala pata que mi mujer y los demás compañeros se hayan quedado en la ciudad congelada!

Al cabo de media hora había terminado la visita al “Lanza”. En el cerebro del español se abría paso una idea para escapar de los hombres azules y de Venus. Realizó una comedia completa cerrando la puerta del “Lanza” y dejando que todos se acomodaran en la cabina del helicóptero. Tomó a su vez asiento ante los mandos y empezó a mover los mandos.

- El motor no funciona -aseguró-. Tendremos que echarle una mirada y ver qué le ocurre.

- No podemos perder más tiempo -murmuró Dore de Abasoa-. Ponme en comunicación con nuestra ciudad.

Ángel hízolo así. Dore pidió por radio un aparato aéreo. Como no había regresado ninguno vinieron cuatro selenitas provistos de “baks” y llevando otros cuatro para los terrestres y Dore de Abasoa.

El “bak” era un aparato muy curioso y sumamente útil. Era como una mochila sujeta a la espalda por correas. Se manejaba por un simplificado cuadro de instrumentos colocados sobre el pecho del portador, y con un traje especial metálico y un casco de aviador con gafas se podía alcanzar velocidades de hasta doscientos kilómetros por hora. Los “baks” traídos no se complementaban con el traje, pero aún así les llevó en breves minutos hasta la meseta de la montaña.

Esto era lo que buscaba Ángel al simular una avería en el motor. Ahora ya sabía cómo se manejaban aquellos aparatitos con los que esperaba fugarse de la ciudad congelada. Una vez llegaron a la ciudad devolvieron los trajes. Ángel se fijó en la habitación donde los guardaban, y luego en el dédalo de corredores hasta llegar a su alojamiento.

Sus compañeros estaban esperándoles para comer. La comida de los selenitas era totalmente a base de comprimidos y el goce de estas vitaminas era nulo. Ángel explicó a sus compañeros su plan de fuga y su propósito de correr el riesgo aquella misma noche.

- Los selenitas están peleando sin parar desde anoche. Cuando vuelvan estarán muertos de cansancio, pues las velocidades de sus aparatos aéreos y la excitación nerviosa les fatigarán igual que a nosotros. Cuándo la ciudad duerma saldremos a la chita callando de esta cueva y nos encaminaremos hacía el almacén donde se guardan los "backs". Si después de esto encontramos una salida podemos considerarnos a salvo. En unos minutos estaremos en el "Lanza". Sí conseguimos elevarnos antes de que se descubra nuestra fuga estamos salvados. De lo contrario… Bien, esto es todo. O afrontamos el riesgo o nos quedamos aquí para una eternidad.

- Afrontemos lo que sea -gruñó Thomas Dyer.

- ¿No sería conveniente asegurarnos de que Dore pretende retenernos antes de ponernos en peligro de que nos descubran fugándonos y nos maten? -preguntó Edgar Ley.

- Desengañémonos de una vez -dijo el español-. Dore no nos dejará volver a la Tierra. Por otro lado, es preciso que nosotros regresemos a la Tierra para dar cuenta de la existencia de los selenitas en Venus. Si le preguntamos Dore lo que piensa hacer nos descubriremos. Lo mejor es marcharnos sin despedirnos, ni pedir ni dar explicaciones. ¿No les parece?

Todos se mostraron de acuerdo en que esto era lo mejor. Como no habían dormido en toda la noche anterior y necesitaban estar descansados para la fuga se acostaron. Ángel no pudo dormirse. Debía de ser muy tarde cuando no pudo dormirse. Debía de ser muy tarde cuando se oyó regresar a los aparatos selenitas. Dore entró en la cueva y tocó al español en un hombro.

- ¿Duermes? -preguntó.

- ¿Qué hay? -preguntó Ángel entreabriendo los ojos.

- Nada, venía a decirte que todo salió bien. Todavía no hemos destruido a toda la fuerza thorbod, pero mañana concluiremos la tarea. La lucha sigue, pero esta noche dormiré tranquilo. Descansad en paz. Hasta mañana.

Ángel le vio salir de la cueva. Siguieron unas horas de vigilancia. La ciudad congelada dormía en absoluto silencio. Ángel saltó de su litera y despertó a todos sus amigos.

- Vamos, ha sonado la hora.

Salieron de la habitación en fila india, mirando a todas partes con recelo. No se veía un alma. Ángel se puso al frente y devanó el intrincado dédalo de corredores abrumado por la duda.

Lanzó un suspiro de alivio al ver el almacén donde se guardaban los “baks”. El almacén estaba junto al agujero del montacargas principal, en una cueva donde había estado el helicóptero. Entraron precipitadamente y cada uno escogió el “bak” que mejor cuadraba a su estatura y corpulencia. Bill había quedado de centinela a la puerta y seseó reclamando silencio. Todos se echaron al suelo. Los pasos se acercaron. Era un hombre azul que pasó sin detenerse y tomó por una escalera lateral.

- ¡Vaya susto! -suspiró Bill Ley-. Temí que se asomara aquí.

- ¡Por qué había de hacerlo! -gruñó Ángel-. Ellos creen que nosotros estamos confiados en que en cuanto acabe su guerra contra los hombres grises nos dejará volver a la Tierra. Si en alguna ocasión hubiéramos demostrado desconfianza o recelo nos hubieran puesto centinelas por todas partes. Así sólo una casualidad adversa puede perdernos. La casualidad consiste en que nos tropecemos con algún selenita. ¿Ya tienen todos sus “bak”?

Ya todos estaban equipados con el metálico traje de vuelo. Era una especie de ligera malla de color azul celeste. Salieron del almacén y tomaron por la misma escalera que el selenita. Esta escalera les llevó hasta un puesto de “radar”. En él había dos selenitas.

- Es preciso que les dominemos sin armar jaleo -susurró Ángel.

- Yo iré a por ellos -se ofreció Richard.

- Y yo -solicitó Thomas Dyer-. Si cojo a uno por el cuello no le dejaré gritar.

- Muy bien -susurró Ángel-. Vamos.

Se deslizaron pegados a la pared del túnel dejando en el recodo a sus ansiosos compañeros. Los dos selenitas charlaban entre si sin apartar los ojos de la pantalla de “radar”. Los tres terrestres llegaron hasta la misma puerta de la casamata sin ser oídos, pero en el

momento de disponerse a saltar sobre los hombres azules uno de éstos volvió la cabeza al crujir el traje metálico de Thomas y lanzó un grito gutural de sorpresa. Las férreas manos de Miguel Ángel cayeron sobre su garganta estrangulando el grito de alarma mientras Thomas y Richard se abalanzaban sobre el otro como furias.

Hubo una corta lucha. Finalmente los tres terrestres se pusieron en pie mirando los cadáveres de los dos selenitas.

- Lo siento -murmuró Thomas Dyer-. Nunca había matado.

- Ellos serán los que nos maten si no nos apresuramos -dijo Ángel haciendo seña para que se acercaran los demás.

Los dos selenitas estaban desarmados. Ángel abrió la ventana de la casamata. Por la abertura entró la lechosa luz del alba.

- Si nos descuidamos hacemos tarde -murmuró Ángel-. ¡Vamos, vayan saltando afuera! El profesor Stefansson irá delante guiándoles.

Explicó con una muestra práctica cómo se manejaban los “backs”. El aparato era tan sencillo que un niño podría manejarlo. El primero en salir fue el profesor Stefansson. Quedó un momento suspendido sobre el antepecho y luego pareció como si una ráfaga de viento se lo llevara dejándole en mitad del espacio como una marioneta que colgará de invisibles hilos. Le siguió Bill Lev, y luego el profesor von Eicken y su hija Else, Thomas Dier, Harry Terney, George Paiton, Edgar Ley y Richard Balmer.

Ángel y Bárbara saltaron juntos cogidos de la mano y se lanzaron en seguimiento de los demás cuando empezaban a esfumarse entre la bruma cenicienta del amanecer que rodeaba a la ciudad congelada. Se asieron de las manos por parejas y volaron rápidamente hacia la costa donde estaba el “Lanza”.

Una prisa febril les animaba. Esperaban ver aparecer de un momento a otro a sus perseguidores y no dejaban de volver la cabeza. Por fin apareció la línea oscura de la selva. Tomaron tierra junto al helicóptero. Ángel era del parecer de dejar abandonado el avión, pero Harry Terney se resistió.

- Mientras ustedes cortan las amarras llevó el helicóptero hasta el “Lanza” -prometió saltando sobre el avión.

En un minuto saltaron las amarras cortadas a hachazos. El helicóptero se remontó en el aire y fue a posarse violentamente sobre la plataforma del “Lanza”. En este momento se oyó el terrorífico silbido de los motores del “Lanza” al ser puestos en marcha por el profesor von Eicken y Thomas Dyer. El hermoso aparato salió de popa al mar mientras los demás cerraban puertas y tiraban del helicóptero hacía adentro.

- ¡Listo para zarpar! -gritó Harry tirando de la palanca que cerraba la enorme puerta del hangar.

Al cerrarse la puerta dejóse de oír el aterrador aullido de sirena de los dos ultra poderosos motores del “Lanza”. El aparato se arrastró sobre las aguas y se elevó como un rayo plateado en el espacio.

- Despegamos… Despegamos…! -chilló Else von Eicken abrazando a Bárbara llorando de alegría.

El “Lanza” puso su afilada proa hacía el cielo y cruzó la barrera de nubes que envolvía a Venus como una exhalación. Un rayo de sol entró por las ventanas como un grito de victoria.

- ¡Miren atrás… nos persiguen…! -gritó Bill.

En efecto, un proyectil cohete teledirigido les perseguía a considerable distancia, pero les daba alcance lentamente. Bill y Ricard se precipitaron hacia los cañones de popa y empezaron a dispara con furia contra el diabólico artefacto.

- ¡Eso para que alguien diga que los selenitas pensaban dejarnos volver a la Tierra! -rugió Ángel loco de rabia.

El cohete continuaba dándoles alcance. Los motores del “Lanza” tronaban a su máximo volumen. La velocidad en estos momentos debía de ser aterradora, y sin embargo, el tenaz perseguidor continuaba ganando terreno y zigzagueando para eludir los disparos de los cuatro cañones de 20 milímetros del “Lanza”.

- ¡Nos da alcance… nos da alcance…! -sollozaba Eise retorciéndose las manos con desesperación.

- ¡No! -bramó el profesor van Eicken saliendo de la sala de máquinas con el rostro empapado de sudor-. ¡Ya no nos alcanza… le dejamos atrás! ¡Estamos a más de tres mil millas de Venus y los

mandos del cohete ya no obedecen a Dore… Las imágenes deben de estar apagándose en su pantalla de televisión!

En efecto, el proyectil teledirigido vacilaba en su marcha y se le vio apartarse a un lado desviándose de su rumbo.

- ¡Estamos salvados! -gritó el profesor von Eicken.

- ¡¡Salvados!! -gritaron las dos mujeres.

El “Lanza” volaba hacia la Tierra. Venus se empequeñecía en la distancia de miles de millas.

FIN